LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

SUCESOS DE BARCELONA, GRACIA Y PUEBLOS COMARCANOS

EN LA ÚLTIMA INSURRECCION (ABRIL DE 1870).

POR J. R. Y R. REDACTOR DE LA RAZON.

Con un dietario del jefe de las fuerzas sublevadas



FRANCISCO DERCH.

Precio 2 reales.

BARCELONA:
LIBRERÍA ESPAÑOLA, DE I. LOPEZ, EDITOR.
Rambla del Centro, núm. 20.

LA

CONTRIBUCION DE SANGRE.

LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

RELACION DETALLADA

DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN BARCELONA Y PUEBLOS CIRCUNVECINOS

EN LA ÚLTIMA INSURRECCION

(ABRIL DE 1870.)

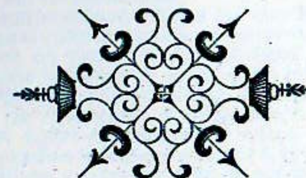
FOLLETO ESCRITO

por J. R. y R. redactor de La Razon

CON UN DIETARIO DEL CIUDADANO FRANCISCO DERCH,

GEFE DE LAS FUERZAS SUBLEVADAS

DE GRACIA.



BARCELONA.

LIBRERIA DE I. LOPEZ, RAMBLA DEL CENTRO, 20.

1870.

LA CONTRIBUCION DE SANGRE.

I.

Antes de pasar á la relacion de los sucesos que acabamos de atravesar, es necesario hacer algunas consideraciones que formen nuestro punto de partida.

Algunos supusieron que la sublevacion se habia llevado á cabo por un partido político determinado; quien veia á los republicanos al frente de la misma, quien á los carlistas, quien á entrambos elementos á la vez. No faltaba periódico que dijese que algunos de los sublevados de Gracia llevaban boina; que un conocido gefe carlista estaba á su frente; que en algunas barricadas de esta Ciudad tremolaba uno que otro pendon con el lema de «¡Viva Cárlos VII!» Tampoco faltaba quien supusiese que cierta fraccion del partido republicano tomaba por su cuenta la direccion del movimiento. En una palabra, tantas y tales suposiciones se hicieron, y tan bien se supieron aprovechar ciertas circunstancias, que á la par que nada de fijo se sabia, todo cuanto se decia era digno del mayor crédito por su verosimilitud.

Decimos que se aprovecharon todas las circunstancias, porque nunca se vió un movimiento menos espansivo y que diese lugar á mas precauciones de parte de la autoridad militar. Efectivamente, mas adelante tendremos ocasion de referir el número de defensores de barricadas que sufrieron durante un dia entero el ataque de fuerzas de infanteria simultaneado con un incesante fuego de cañon, asi como los escasos ó nulos elementos de que disponian los sublevados, que dieron lugar á tanto alarde de fuerza, á tales precauciones y á tantos dias de zozobra.

Esto mismo dió pié en los primeros momentos á que todo el mundo creyese que la tan invisible como cacareada *mano oculta*, era el móvil de la sublevacion; que los insurrectos eran pocos y bien dirigidos; que estaban mejor fortificados; que el oro se derramaba á raudales; y en una palabra, que el actual movimiento era *sui generis*, tal como nunca se hubiese visto. Pero los que tal creian, muy pronto vieron descorrido el velo del misterio que á tamañas suposiciones diera lugar, con el modo hasta cierto punto ridículo como terminó.

La *pacificacion* de esta Ciudad y posteriormente la toma de Gracia hicieron caer las torres que en el viento se levantaran y dijeron á los amantes de la fantasmagoría, que la causa de que la lucha se prolongase por seis dias, mejor que en la posicion de los sublevados, debia buscarse en la del ejército, que ó bien era victima de ilusiones engañosas, lo que no es de suponer, mandado por un general tan acreditado como Gaminde, ó bien se complacia en prolongar la lucha para añadir nuevos méritos á su brillante historia, ó nuevos entorchados y condecoraciones á sus mas brillantes uniformes.

Al decir esto sin rebozo alguno, no hacemos mas que hacernos eco de la opinion pública, y nada de ello diríamos si la opinion de Barcelona fuese la de toda España, y si el Gobierno en vez de inspirarse en la relacion de sus delegados y representantes, procurara hacerlo en la general de los que con verdadero asombro hemos contemplado el curso de los acontecimientos que vamos á relatar.

Sintetizemos. El movimiento fué espontáneo. Nació por sí mismo, y como prueba de ello alegaremos lo poco preparada que encontró á la autoridad, el modo imprevisto como la cogieron los acontecimientos, la escasez de recursos de los sublevados y la absoluta carencia de direccion en los mismos.

No pretenderemos negar por eso, que algunos elementos políticos dejasen de coadyuvar al movimiento; pero no tanto que lograran darle un carácter esclusivo y bien determinado. El grito fué el de «¡Abajo las quintas!»; el móvil la informalidad de nuestros gobernantes, al romper, sin miramiento alguno, sagradas promesas hechas en momentos supremos, cuando el llamado pueblo rey trasmitia condicionalmente su soberania á sus representantes. Prueba de lo que decimos es que en todas partes empezaron el movimiento mugeres y niños.

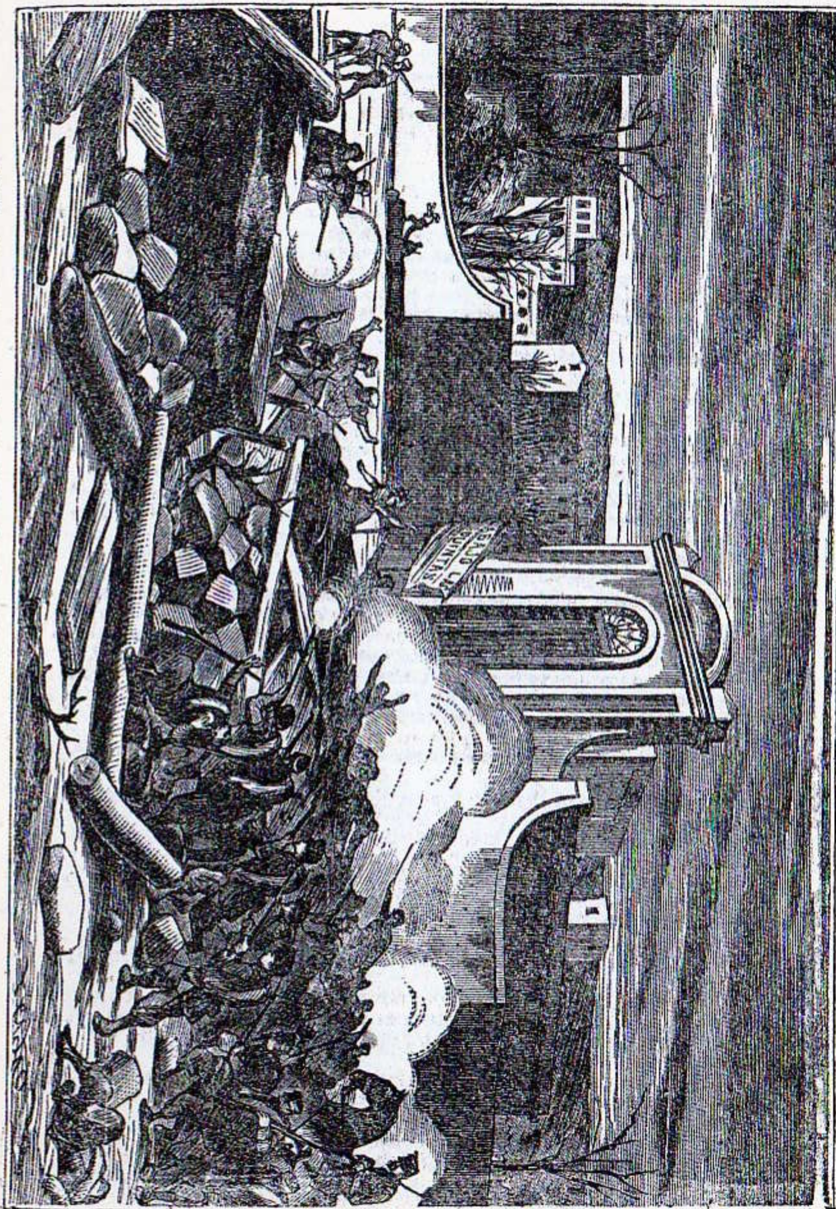
Y ya que sintetizando estamos, fuerza será que digamos, que la lucha duró seis dias, porque hasta el sexto dia no se pensó en atacar de una manera formal y decidida las fuerzas ó los fantasmas sublevados.

Partiendo pues de éste punto de vista, demos principio á la relacion de los sucesos.

II.

Transcurrió el domingo 3 de Abril, sin que en esta Ciudad se llevase á cabo el sorteo de la quinta. Suponian algunos que esto reconocia por causa el hallarse las fuerzas repartidas en distintos puntos de la Provincia en que se temian desórdenes, á causa de la simpatia que naturalmente tiene el pueblo en favor de una contribucion que libra á los padres de las incomodidades que por lo comun les ocasionan las calaveradas inherentes á los 20 años de sus hijos.

Por la noche circularon rumores de haberse turbado el órden en Vich, Martorell, San Felio de Llobregat, San Felio de Guixols, Manlleu, La Bisbal y otros diversos puntos. Abultáronse los sucesos como acontece siempre en estos casos. Pero al dia siguiente se supo que en algunas de dichas poblaciones y otras muchas, los escesos no pasaron mas allá de impedirse el sorteo á toda costa, incendiándose las urnas en unos puestos, quemándose en otros los documentos relativos á la quinta y de otros motines de igual naturaleza, que pueden ser comprendidos en la llamada *resistencia pasiva*, frase que en aquellos momentos se hizo de moda.



SANS.—Barricada construida al pié de la España Industrial en el acto de ser atacada por las tropas.

Nadie presumia no obstante que se alterase el órden en la Capital, ni habia indicio alguno que lo demostrara. Por lo tanto lo que al siguiente dia sucedió, nos dejó pasmados.

III.

El dia 4 por la mañana se supo que ocurria algo en el vecino pueblo de Sans. Efectivamente, desde los barrios de San Antonio se oia distintamente el toque de somaten. Hé aquí el relato de los sucesos ocurridos en dicho punto, que hace el diario *El Telégrafo* del dia 5, edicion de la mañana:

«Vamos á referir á nuestros lectores los tristes sucesos ocurri»dos en Sans en el dia de ayer, tal cual han llegado á nuestros oi»dos por conducto que tenemos por seguro. A primera hora de la »mañana se reunió el ayuntamiento en la casa del pueblo para »verificar el sorteo, y antes de comenzar esta operacion empeza»ron á amotinarse las mugeres de las fábricas y muchachos, for»mando una masa imponente que se calcula no bajaria de dos mil »personas, las cuales se presentaron en las casas populares. Tira»ron por el balcon la mesa, las listas, todos los papeles que en»contraron, los armarios de la secretaría y cuantos muebles ha»bia, encendiendo una hoguera cuyas llamas escedian de la altura »de las casas. El motin se dirigió entonces á la iglesia y las mu»geres apoderándose de las llaves del templo y del campanario se »encerraron dentro y empezaron á tocar á rebato. A este llama»miento respondió la poblacion formando barricadas y algunos »individuos del ayuntamiento se retiraban á sus casas entre ellos »el alcalde segundo, cuando fué alcanzado y muerto. Otro indivi»duo del ayuntamiento recibió una cuchillada en el pescuezo.

»Así continuaron las cosas y en el entretanto aparecieron arma»dos algunos paisanos. Luego que en la capital se tuvo conoci»miento de lo que pasaba en Sans se mandaron fuerzas del ejérci»to. Hasta aquí llegan nuestras noticias sobre la manera como co»menzó el tumulto de las quintas de Sans. La *Crónica* continuando »el relato dice:

»Acabamos de llegar de Sans; es la una y hé aquí lo que hemos »visto:

»A la entrada del puente que divide el pueblo de Sans del bar»rio de Hostafranchs, se ha construido con las piedras que habia »apiladas para la recomposicion de la carretera, una barricada »que tapa la entrada del puente: en medio de ella hay una ban»dera: su construccion no nos ha parecido á propósito para re»sistir el empuje de la tropa y creemos que, si desgraciadamente »hay necesidad de acudir á las armas, será tomada en muy breve »espacio.

»Detrás de la barricada, á alguna distancia (suponemos que se»ria á la otra entrada del puente) vimos algunos carros en hilera, »no en forma de barricada, que habian puesto allí como medida de »precaucion.

»A la entrada de la calle de Hostafranchs habia apostados cua»tro soldados y un cabo de caballería: detenian los carruajes, pero »permitian circular libremente á todo el mundo.

»Frente á la barricada habia fuerzas de infantería, carabineros »de á pié y á caballo, y caballería del ejército. Los vecinos en la »calle, á pesar de la presencia en la tropa y en la barricada, no fal»tando mugeres que estaban á las puertas de sus casas.

»La caballería estaba en aquel momento desmontada y habia »cesado el toque de somaten á eso de las doce y cuarto. Al entrar

»las fuerzas en columna de ataque, los de la barricada, levantaron »el pañuelo blanco pidiendo parlamento, lo que les fué concedido.

»Las primeras negociaciones no dieron resultado, pero se rea»nudaron de nuevo y se convino en que se retirarian los de la »barricada siendo esta deshecha. Entonces cesó el toque de soma»ten.

»En la barricada habria unos cien hombres armados con esco»petas, es decir, armas no muy á propósito y no de muy buena »calidad.

»A eso de las 12 y 32 minutos hubo un momento de alarma pro»ducido por un rumor sordo procedente de los alambres telegrá»ficos, suponiéndose que los habian cortado. Poco despues dejóse »oir de nuevo el toque de somaten.

»Nos retirábamos ya, y vimos que la caballería montaba: á al»guna distancia de la tropa, y detras de esta vimos aparecer unos »diez y ocho paisanos armados de carabinas por una esquina, pe»ro no vimos que pasasen adelante.

»Posteriormente sabemos que empezó el fuego, y se tomaron »las barricadas. A última hora de la tarde entró en esta Ciudad al»guna fuerza procedente al parecer de Sans con una cuerda de »paisanos presos que fueron conducidos á Atarazanas.»

Esto dice el citado periódico de dicho dia. Nosotros á la una y media próximamente vimos marchar á dicho punto una columna compuesta de un batallon de infantería, algunas piezas de artillería de montaña y una corta escolta de caballería

Hé aquí como termina el relato de lo acontecido en dicho punto, la *Crónica* del mismo dia, edicion de la mañana:

«Segun nuestras noticias, rompióse el fuego en Sans poco des»pues de la tarde. La barricada fué tomada á la bayoneta sin que »se hallase la resistencia que se esperaba, pero esta continuó des»pues desde las casas, arrojando, los que en ellas se habian refu»giado, tiestos y piedras á la tropa. Los paisanos armados en Sans »ascenderian á unos 160 ó 200. Sabemos que han tenido bajas y »muertos, pero no podemos fijar el número de las desgracias que »hay que lamentar.

»Tambien hay que lamentarlas en la tropa. Unas diez, segun »nuestras noticias, han sido las bajas que ha tenido, entre ellas »dos carabineros y un soldado muertos. Un oficial de carabineros »salió herido, habiendo sido muerto su caballo; y se cree que un »cabo del mismo cuerpo, gravemente herido, habrá dejado de »existir á estas horas.

»Tambien se dice que ha habido otro oficial herido.

»Los prisioneros hechos por la tropa son diez y seis.»

Es decir, el motin, principio de los acontecimientos, fue iniciado por mugeres y niños, y por lo mismo, no reconoció carácter político determinado. La sofocacion del mismo costó solo una tarde escasa.

Si el movimiento posterior se hubiese combatido con el mismo celo que el efectuado en Sans, ni tendriamos que deplorar tantas desgracias, ni la circulacion de los intereses materiales se hubiera visto interrumpida por tantos dias, ni la zozobra y la ansiedad habrian dominado en tan alto grado en el corazon de los vecinos de esta Capital y pueblos del contorno.

¿A qué debemos atribuir lo que podriamos llamar inaccion en el ejército? ¿Contaba la Autoridad militar con pocos medios? Pocos eran tambien los sublevados. ¿Ignoraba dicha Autoridad la posicion de estos? No queremos hacerle el poco favor de suponer-

lo, pues la primera obligacion del que ataca es siempre contar las fuerzas de aquel á quien se ataca.

Mas dejando estas consideraciones para mas adelante, entremos en la relacion de los acontecimientos de la Capital.

IV.

A eso de las doce y media de la tarde empezaron á formarse algunos grupos, compuestos de gente de todos sexos, edades y condiciones, en la Plaza de San Jaime. Comentábanse los sucesos de Sans y los desórdenes que se suponian en diversos puntos de Cataluña. Dábanse gritos de «*¡Abajo las quintas!*» y en pocos minutos creció el tumulto, dirigiéndose una masa imponente á la Casa Popular, animada del intento de hacer un auto de fé con los adminículos de la quinta, en el mismo sitio en que, en 29 de Setiembre de 1868, al grito de «Abajo los Borbones», se levantára la hoguera que devoró con las imágenes de la reina destronada, la aborrecida y odiosa medida, que tantas lágrimas arrancara á las familias de los pobres, durante el reinado del despotismo.

Gracias á los esfuerzos de los que intentaban sin duda dar un carácter pacífico á aquella manifestacion espontánea, logróse contener á los que mostraban mas empeño en introducirse en la citadar Casa Popular.

Nombróse pues una comision, para que espusiera á la Corporacion municipal, los deseos de la masa, que eran los de Barcelona entera, esto es que se suspendiesen desde luego los trabajos de rectificacion del alistamiento que se llevaba a cabo, y que bajo ningun concepto se verificase el sorteo de la quinta.

No estando reunido el Municipio en aquellos momentos, la citada comision no sacó fruto alguno de su cometido, á no ser el haber oido de boca de algunas personas *de la casa*, que era sumamente dificil que se accediese á tales pretensiones.

Comunicóse el resultado á la masa, y aumentó el tumulto. Los gritos de «*¡Abajo las quintas!*» se sucedian unos á otros. De súbito dejóse oir un tiro dentro la Audiencia, en donde se hallaba un reten de voluntarios de Targarona. Despues se dijo, que habia escapado de la carabina de uno de ellos.

En todo caso fué mucha casualidad la del tiro. Al estampido del mismo sucedió el disparo de algunas piedras y el de diversos insultos á la citada guardia, que segun el diario monárquico por esencia, por presencia y por potencia *La Crónica de Cataluña*, fueron recibidos con calma por el «digno comandante del citado reten.»

Total de desgracias: un sereno herido levemente en la frente de una pedrada. Pretenden algunos que lo fué tambien un paisano de un sablazo de un oficial de voluntarios.

Al poco rato oyóse una descarga, que no sabemos si tambien fué casual, pues en dicho dia parece que estaban algo flojillos los muelles de los fusiles de los voluntarios.

La descarga despejó la plaza. Hubo contusos á causa de los empellones y demás que en semejantes casos acontece. Cerráronse las tiendas, y los valientes voluntarios pudieron al poco rato vengarse de los insultos que habian recibido, pavoneándose por la despejada plaza de San Jaime.

El citado colega monárquico creyó de buena fé que la cosa no debia tener consecuencias. Nosotros y con nosotros Barcelona entera lo creimos tambien.

Mas nos engañamos. Al poco rato vimos tomar *serias* precau-

ciones militares, y recordamos lo que siempre sucede en tales casos: «Soldados, fuera los cuarteles, bullangueros, á la calle.» La costumbre ha hecho infalible el adagio que acabamos de sentar.

Las precauciones militares sirven cuando menos para exacerbar los ánimos de los recelosos, y animar á los *barricaderos* de oficio.

Veamos pues las fuerzas que se desplegaron, y las barricadas que construyeron.

V.

Estamos convencidos de que todo hubiera concluido aquí, si no hubiesen salido de los cuarteles las pocas fuerzas de la guarnicion de esta plaza.

Los citados voluntarios que la despejaron, despues de haber herido á un paisano en la calle de la Libertad, se posesionaron de aquella, y estendieron sus avanzadas á lo largo de la citada calle. Muy pronto fueron á apoyarles fuerzas de artillería, que colocaron cañones en las principales boca-calles de dicha plaza. Desde entonces quedó completamente interrumpido el tránsito por ella y por las calles de Jaime I y de la Libertad.

La guardia civil, segun costumbre, se posesionó de la plaza Nacional.

Colocáronse cañones en Atarazanas y Santa Madrona, plaza de Cataluña y Paseo de San Juan.

Fuerzas de infantería fueron repartidas en diversos puntos. De trecho en trecho de la Rambla se formaron cordones. Posesionáronse del Liceo, de los balcones de cuyo edificio descolgóse el cartelon que anunciaba «*La Degollacion de los Inocentes*» funcion que debia ejecutarse en dicho dia. Posesionáronse tambien de diversas casas particulares, entre ellas las de las calles de San Pablo, Hospital y Cármen, que hacen esquina á la Rambla, de la llamada de Moya, y de las sitas en las diversas entradas de la ciudad.

Una corta escolta de caballería patrullaba por la Rambla, contrastando su guerrera actitud con la pacífica de los ciudadanos que se paseaban tranquilamente por el arroyo de la misma.

En la puerta de San Antonio colocóse un reten, que muy pronto tuvo ocasion de hacer varias descargas contra el paisanaje desarmado que se ocupaba en hacer barricadas ó *barracadas* con las barracas del Padró.

Armóse á los individuos del banderin de Ultramar, á los marineros de los buques de guerra surtos en el puerto y á los polizontes.

En una palabra, la ciudad se hallaba en pié de guerra. Pocas eran las fuerzas; pero á todas ellas se les preparó suficientemente.

Imposible parecia que los alborotadores de la plaza de San Jaime diesen pié á tales y tantas precauciones. Y todas ellas ¿Por qué? Vamos á verlo.

VI.

Mientras se tomaban las anteriores providencias, nada enteramente sucedió. Con el despejo de la plaza de San Jaime se dispersaron los alborotadores.

Pero á las cuatro de la tarde, cuando la ciudad estaba tomada militarmente, empezaron á construirse barricadas en algunas

calles de los arrabales. Esto prueba lo que hemos dicho antes, esto es, que las precauciones militares sirven cuando menos para exacerbar los ánimos de los recelosos y animar á los barricaderos de oficio.

Las barricadas levantadas eran las del Padró que ya hemos mencionado, una en la calle de la Cadena y otra en la de Poniente. Nadie las defendia, si descartamos algunas mujeres y niños y uno que otro paisano que desde los terrados disparaban piedras á los soldados. Estos contestaban á descargas. A pesar de ello las barricadas no fueron tomadas hasta algunos dias despues, segun veremos mas adelante.

La insurreccion pues estuvo en todo el lunes localizada en aquellos barrios. El resto de Barcelona estaba tranquilo.

¿Porque no se abandonaron por algunos momentos los puestos ocupados que ningun recelo ni temor podian ofrecer, para pacificar los barrios que se defendian á pedradas desde los terrados? Responda quien pueda, que á nosotros nos es sumamente difícil el hacerlo.

VII.

A media tarde recibióse la noticia de que en la villa de Gracia se habian incendiado los papeles de la quinta y todos los objetos de la misma. Díjose que los amotinados en gran número, junto con los de Sans que habian abandonado aquel pueblo en el mismo dia, segun hemos dicho anteriormente, se fortificaban, construyendo barricadas con los adoquines de las aceras, las mesas del mercado y los árboles del Paseo. Asegurábase que las poblaciones de San Martin de Provensals y San Andres de Palomar tambien se habian levantado, verificando las mismas operaciones que los de Gracia. Efectivamente durante toda la noche no cesó un momento la campana tocando á somatén.

Mas no nos adelantemos. Haciendo constar tan solo que en muy pocos momentos podia haberse dominado el asomo de insurreccion de la capital, que hemos relatado; y que las mismas fuerzas que esto hubiesen verificado podian en el mismo dia pacificar el levantamiento de las vecinas poblaciones; dejemos para mas adelante la relacion de lo que en ellas sucedia, y concretémonos en la *tragi-comedia* que iba á representarse en la ciudad de los Condes.

VIII.

El citado dia 4 transcurrió del modo que acabamos de indicar, en grandes precauciones militares, y en leve resistencia.

A las siete aumentó el número de los que tomaban las primeras, el batallon de monárquicos, llamado de Capdevila, que fué destinado al edificio de la Canonja y á algunos otros adyacentes á la Catedral.

Con sus kepis, uniformes y armamento, por su marcialidad, eran sus individuos la admiracion de los presentes, recordando los buenos tiempos en que los milicianos progresistas morian *con la espada en la mano* tres veces consecutivas, por la causa de las *bullangas*, que tanta celebridad dieron á la ciudad Condal de aquellos tiempos. Solo que ahora los flamantes milicianos eran los defensores del órden y de la....... alarma.

A media tarde nos deleitamos en la lectura del siguiente ban-

do del Gobernador civil, profusamente distribuido en las esquinas. Leánlo y medítenlo nuestros queridos lectores. Dice así:

BARCELONESES:

« Algunos pocos, menos aconsejados por la cordura que seducidos por una pasion momentánea, han perturbado el órden público, con el pretesto de oponerse al sorteo de los mozos alistados.

» Yo deploro grandemente este estremo y me consuela el considerar que la inmensa mayoría de este culto pueblo ha visto con indiferencia la estéril agitacion de los perturbadores.

» Una situacion de fuerza es siempre una gran desgracia, y yo espero de vuestra sensatez que no dareis lugar á su advenimiento.

» Entrad en la vida normal de todos los dias; volved á vuestro trabajo, los que de él vivís; haced innecesario el espectáculo de la fuerza armada en la vía pública; triste aparato que cuadra muy mal al carácter activo de un pueblo industrial é inteligente. Haced todavía menos necesario el empleo de esa fuerza, pues la victoria mas preciada va siempre acompañada de lágrimas.

» Yo os lo ruego: seguid el ejemplo de toda Barcelona, permaneciendo aplicados á vuestras tareas habituales, al trabajo, sin que os dejeis seducir por la ardiente predicacion de quien para engañaros os estravía de la senda del derecho y de la libertad.

» Pero si la fatalidad hiciera necesaria la lucha, advierto á todas las personas honradas que no quieran tomar parte en ella, que se retiren á sus casas al oir los cañonazos disparados desde Monjuich, pues diez minutos despues del tercero, principiará el combate.

» Barcelona 4 de abril de 1870.—El gobernador, Facundo de los Rios.»

Como se vé el celo del Sr. Gobernador no podia desplegarse en mas alto grado, ni de peor manera.

En vano incitaba á los barceloneses á entrar en la vida normal de todos los dias. Con las calles ocupadas por el ejército, interrumpida la circulacion en algunas de ellas, sin saberse á que eran debidas tantas precauciones militares, era imposible seguir los laudables consejos de la autoridad civil, por mas voluntad que hubiese en no desperdiciarlos. Mejor que al pueblo nos pareció que debian dirigirse á los soldados.

De todos modos nos daba una advertencia saludable. Diez minutos despues del tercer cañonazo de Monjuich, *principiará el combate.* ¿Tratábase de un combate de ejército contra ejército? ¿O de ejército contra los milicianos de Capdevila? Si no era así. ¿Dónde estaban los enemigos? porque sin ello, ¡malamente podia cumplirse el anuncio de la funcion.

Hé aquí las preguntas que nos dirijiamos, y que se hacia el pueblo de Barcelona. El Sr. Rios no pudo satisfacerlas porque fué llamado por telégrafo, á la villa del oso y del madroño. Partió este buen señor, encargóse del mando de la provincia el mariscal de campo D. Manuel Figuerola, que en su alocucion de entrada nos dijo ser amigo del trabajo y de la libertad y que por sus hechos supimos que lo era tambien de dirigir las baterias contra Gracia, y á eso de las nueve y media nos cupo otra sor-

presa si no agradable, interesante. A dicha hora supimos que iba á *principiar el combate* anunciado.

IX.

Dejáronse oir los tres cañonazos de Monjuich. Cerrábanse las puertas con estrépito y la gente corria por las calles, temerosa de los resultados del *combate*.

Oyese el redoble de algunos tambores que en vez de llamar á los que corren, les ahuyentan y alejan del sitio en que se proclama la ley marcial.

No se habian seguido por lo visto los consejos del Sr. Rios, y era preciso recibir los trancazos de otra autoridad mas firme y sobre todo mas guerrera.

El siguiente bando nos lo dice de una manera terminante:

Don Eugenio de Gaminde y Lafont, capitan general del principado de Cataluña, etc., etc.

« Catalanes: los enemigos de la libertad, que son los del órden público, no descansan: el mas especioso protesto los alienta á sus fines siniestros; pero los amigos de nuestros sacrosantos derechos que son los representantes de un gobierno liberal, vigilan. De acuerdo con el poder civil ha cesado este por momentos y habiendo los perturbadores procedido agresivamente contra las tropas destinadas á mantener el órden; y en uso de mis facultades

» Ordeno y mando:

» 1.° Desde la fecha de este bando, queda declarada en estado de guerra esta capital y su provincia.

» 2.° En su virtud los reos de rebelion y sedicion, resistencia á la autoridad y fuerza pública, robo en cuadrilla en poblado y despoblado, coaccion é intimidacion ejercidas contra la libertad del trabajo, y cuantos tiendan á la perturbacion del órden público, serán juzgados en consejo de guerra ordinario y en la forma que determina la ley de 17 de abril de 1821.

» 3.° Los delitos de imprenta se consideran como de rebelion si tienden á la perturbacion del órden, como tambien los de destruccion de vias férreas y telegráficas: la exaccion ilegal de caudales públicos ó privados, se reputará como delito de robo en cuadrilla.

» 4.° Los tribunales de justicia y demas autoridades civiles y administrativas continuarán en el ejercicio de sus funciones sin perjuicio de traer á mi autoridad los delitos que puedan afectar al órden público.

» Barcelona 4 de Abril de 1870.—Eugenio de Gaminde.»

Ya estaba proclamado con el estado de sitio el reinado absoluto de los progresistas. Podia comenzar el combate y el combate comenzó. ¿Cómo? Mas adelante lo veremos.

Por ahora contentémonos con referir una de las primeras disposiciones que se tomaron. Dirigióse un oficio á los periódicos republicanos *La Razon* y *El Estado Catalan*, en el cual se les hacia saber que cesaban en su publicacion.

El último quedó mudo y estático. La segunda cesó en su publicacion; pero al dia siguiente vendíase profusamente en las calles un nuevo periódico titulado: *La... ¡Chiton!*

¿Por qué dispuso la autoridad que cesaran los dos periódicos mencionados? Sin duda quiso preservarlos de que al dia si-

guiente se viesen obligados á saborear las dulzuras del art. 3.° del bando que acabamos de transcribir. En este caso los redactores debian dar las gracias al celoso gobernador que firmaba el oficio que se les pasó, por instigacion del Capitan general, segun en el mismo se decia; así como los propietarios podian preguntarle si sus atribuciones alcanzaban á hacer que cesara de existir una propiedad legítima como otra cualquiera.

Tenemos entendido que ni las gracias se dieron, ni se dirigieron las preguntas. ¿Por qué? porque el estado de sitio pesaba sobre la ciudad; y mas adelante tendremos ocasion de ver que el Capitan general de Cataluña no gusta de hablar con *literatos*, por temor á que le convenzan con sus bien estudiadas frases.

X.

¿Porqué se proclamó el estado de sitio? Oigamos lo que dice la *Crónica de Cataluña* del siguiente dia, edicion de la mañana, que en este asunto no puede sernos sospechosa:

« Los cañonazos de alarma se dispararon por lo que pudiese
» suceder en Gracia, no porque el estado de Barcelona hiciera
» necesaria la señal de alarma.»

Así se espresaba con el mayor aplomo el periódico que podemos creer mejor enterado por lo que defiende y por las *buenas relaciones* con que unido está á sus defendidos.

¿Y la prohibicion de los periódicos? ¿Y las precauciones militares? ¿Eran por lo de Gracia?

XI

Antes de relatar los acontecimientos del segundo dia, demos una pincelada que nos indique el estado de la noche del lunes.

En Gracia se doblaba á somaten. Las calles de Barcelona estaban desiertas completamente. Y en la Rambla se oian músicas militares. Quisimos asomarnos para cerciorarnos de si llegaban tropas; pero el ¡Atrás! de los centinelas nos hizo desistir del empeño que mostrábamos.

Nos retiramos llenos de estrañeza, y vimos fijado en una esquina la siguiente alocucion del Comité local republicano federal *intransigente* que dice así á la letra:

« REPUBLICANOS: La resistencia activa en estos momentos
» no es conveniente, y lejos de evitar la quinta la apresuraría.
» La resistencia pasiva puede evitar las quintas.
» El nuevo comité, pues, os aconseja por ahora la resistencia
» pasiva.
» Limitaos á seguir estrictamente los consejos que os dará el
» Comité que vela por vosotros, y no faltará ni un punto en nin-
» guna circunstancia á su puesto.
» Barcelona 4 de Abril de 1870.—Morros, Altadill, Clavé, Almi-
» rall, Domenech, Blas Leon, M. Sans. Sanahuja, Amorós, Simal,
» Rosell, Bosch, Martí y Terrats, Buixó, Lázaro.»

El documento nos parece á la par que flojo, completamente inútil ¡Resistencia pasiva! ¿Qué se entiende por resistencia pasiva? ¿Hasta qué límites debia usarse? El documento no lo espresaba. Por eso nos pareció el eco de una voz inarticulada, que nos indicó tan solo que el partido republicano no tomaba una parte activa en el *combate* anunciado por el Sr. Rios Portilla.

XII.

Amaneció el siguiente dia 5. Las baterías que hemos dicho estaban situadas en el Paseo de San Juan se adelantaron hasta cerca el edificio de las Hermanitas, á la altura de la calle del Concejo de Ciento. Las de la plaza de Cataluña remontaron el Paseo, hasta cerca el surtidor. Unas y otras apoyadas por escasas fuerzas de infantería y caballería, empezaron sus disparos contra Gracia á eso de las cinco de la mañana.

Si en la vecina villa hubiese habido un número regular de combatientes, poco trabajo les hubiese costado sin duda apoderarse de aquellos cañones que no tenian mas objeto que estropear edificios y aguardar á que viniesen nuevas fuerzas. Así lo comprendimos nosotros.

Observamos que para el servicio de municiones se echaba mano de los caballos de los coches de plaza y aun de los mismos cocheros. Así como se armó á la policía, sin duda el general habia armado tambien á los acemileros del ejército.

El fuego contra Gracia continuó durante todo el dia. Las piezas que lo hacian eran de grueso calibre, muy apropósito para el objeto á que se destinaban, si hemos de juzgar por sus efectos, pues los disparos se dirigian generalmente mejor contra los edificios que contra las barricadas.

Sin hablar mas de lo que en el ataque de Gracia acontecia, por reducirse todo ello á lo que acabamos de decir, entremos en el relato de los sucesos de la capital, haciendo constar que el general Gaminde con sus disposiciones no desmentia en nada que era progresista de *pur sang*. La prohibicion de los citados periódicos lo decia, lo decia la alarma por nada producida, y mas que todo los proyectiles disparados contra Gracia se lo decian á los propietarios, que recordaban aun las vulgarmente llamadas *bombas de Espartero*; el bombardeo de Valencia durante la última insurreccion, y tantos otros que han hecho del partido del himno de Riego un verdadero *bombardeador*.

Los albañiles debian sonreir llenos de gozo. A nosotros nos vino á la memoria la máxima que nos inspiraron las ruinas de Valencia:

« Los moderados fusilan, los progresistas cañonean.»

XIII.

BANDO.

« Don Eugenio de Gaminde y Lafont, capitan general del prin-
» cipado de Cataluña, etc., etc.
» La tenacidad de los alborotadores y enemigos del órden pú-
» blico me obliga á mandar:
» 1.° Todo café se cerrará á las diez de la noche y las tabernas
» y casas de bebida á las ocho.
» 2.° Queda prohibido todo grupo de mas de tres personas, en
» la inteligencia que los que contravinieren se les hará fuego.
» 3.° Despues de las doce de la noche se prohibe á toda perso-
» na la circulacion por la ciudad, á no ser que se justifique en
» el acto ser agente de la autoridad ó la necesidad de su salida.
» 4.° Toda persona que ocupe de dia y de noche las azoteas ó
» terrados se les hará fuego.
» Barcelona 5 de abril de 1870.—Eugenio de Gaminde.»

Asi se espresaba el valeroso general. El art. 1.° era inútil por ser muy pocos los cafés que abrieron sus puertas y muy escasos los concurrentes á los mismos.

Los 2.° y 3.° se recomiendan por su benignidad. Por la misma cualidad se recomienda el 4.° y además por su belleza de estilo. Modelo de forma y espejo de claridad, hace por sí mismo el elogio de los generales cruzados por Prim, de los generales progresistas. Del mismo modo se hubieran espresado sin duda Baldrich, Merelo y tantos otros que saben morir con la espada en la mano y escribir con la pluma en la vaina.

XIV.

Hecha esta digresion fijémonos en el estado de la capital.

Por la mañana hubo carreras en la Rambla. Por último quiso despejarse la Rambla y la Rambla se despejó. Oíanse algunos disparos en los arrabales. Los sublevados se defendian á *adoquinazos*, y á tiros de pistola, de rewolver y uno que otro de fusil. La fuerza del regimiento núm. 20, situada en el Padró tuvo cuatro muertos y algunos heridos entre ellos un comandante.

Hasta las diez de la mañana se pasó el tiempo en carreras y tiros sueltos. Hasta esta hora puede decirse que Barcelona no se habia sublevado aun. De esta hora en adelante ya fué otra cosa.

XV.

Las campanas de San Francisco, San Pedro, San Cucufate y de algunas otras iglesias doblaban á somaten. En los barrios de San Pedro y otros del distrito 2.° se levantaron con los adoquines del empedrado unas treinta barricadas. El intento de los que en ellas se ocupaban se reducia á evitar que saliesen fuerzas contra Gracia.

Efectivamente, algunos cañones de grueso calibre habian salido á engrosar las baterias del Ensanche y del Surtidor del Paseo, entre ellos los que antes se hallaban en Atarazanas. Habian salido tambien algunas fuerzas de caballeria é infanteria que se habian posesionado de algunos edificios próximos á las mismas y se decia que una columna compuesta del batallon de cazadores de Figueras y otras fuerzas se hallaban en la parte de detrás de Gracia, impidiendo que corriesen á la ayuda de los sublevados de aquella villa, fuerzas de las poblaciones del contorno.

Con estas noticias se levantaron barricadas en San Pedro, como acabamos de decir. En los arrabales reforzarónse las levantadas con otras nuevas. Por las calles de San Ramon y de San Paciano hubo tambien conatos de sublevacion, pero las tropas no permitieron que los ejemplos que acabamos de citar, encontrasen imitadores en el centro de la ciudad. Los hubo tambien en los barrios del Regomir y Gignás con los mismos resultados. En la tarde algunas fuerzas se apoderaron de la Lonja.

XVI.

Concretándonos en los sitios en que hubo lucha, y dejando por relatado lo que en el arrabal aconteció, fijémonos en las barricadas de los barrios de San Pedro.

Las treinta levantadas, estaban defendidas por solos cuarenta hombres armados. Tan insignificante número de defensores re-

sistió toda la tarde de este dia y la mañana del siguiente, con escasas pérdidas, el ataque de fuerzas considerables de infantería, carabineros y voluntarios de Targarona.

Bien es verdad que el pánico se pintaba en la cara de los que las atacaban, que creerian tal vez encontrar un considerable número de enemigos, en donde solo existia el exiguo que acabamos de indicar.

Los voluntarios de Targarona especialmente, tuvieron ocasion de esperimentar las simpatías que reunian entre los sublevados, pues fueron los que mas pérdidas sufrieron.

Por la mañana sucumbieron dos de ellos á un trabucazo de uno de los insurgentes, y era de ver el modo como sus compañeros de glorias y fatigas buscaban ayuda en las piernas para refugiarse en el cuartel de las Magdalenas.

No podemos dejar de referir un episodio. Apoderóse del campanario de San Francisco un reten de los citados voluntarios, compuesto de seis hombres y un teniente. Poco despues presentóse al cura-párroco de dicha iglesia un grupo de algunos paisanos solicitando las llaves del indicado campanario. Hízoles este presente que estaba ocupado por los referidos voluntarios; pero á pesar de ello, aquellos se obstinaron en subir. Subieron y sorprendieron al reten desarmándole y concediéndole la libertad.

Los voluntarios creyendo que el párroco era cómplice de aquella sorpresa, lo aprehendieron, y al llevarle preso pasando por la Plaza de San Jaime quisieron fusilarle. Alguien que no llevaba la tunda y que de consiguiente no tenia el ánimo tan exacerbado como los apaleados, se opuso á un acto tan inicuo, consiguiendo salvar al cura-párroco que al cabo de pocos dias fué puesto en libertad.

XVII.

En algunas barricadas de San Pedro ondeaban pendones. Algunos de ellos llevaban los siguientes lemas: « *Pena de muerte al ladron.*» — « *Paz á los soldados; guerra á los gefes* » y « *¡Abajo las quintas!* »

Esto nos confirma en lo que ya llevamos dicho; esto es que no fué una fraccion política quien dió orígen al movimiento, sino que el único móvil del mismo fué la cuestion de quintas, de una manera tan indigna planteada por los hombres del poder.

XVIII.

En el centro de la ciudad reinó tranquilidad, si asi puede llamarse á un continuado tiroteo contra las gentes pacíficas que no habian visto, ó que habiéndolo visto olvidaban el terrorífico bando del Capitan General que en otro lugar insertamos.

Tomados los campanarios, las azoteas y terrados, se disparaba sin ton ni son contra los vecinos de los últimos pisos por ellos dominados. Era una verdadera caza humana,

El campanario de la Catedral ocupado por los soldados de Targarona se distinguió entre todos, quizá por las ventajas de su posicion.

No queremos citar casos concretos, porque causa horror el recordarlos. Algunas de las víctimas no fueron inmoladas en aras de la curiosidad, ni de lo rebelion; lo fueron solo al gusto de los centinelas que se ensayaban en tirar al blanco.

Tenemos datos positivos para afirmarlo. Bastará solo que diga-

la Cadena defendida por un tísico y un inválido daba ocasion á los soldados de hacer repetidas descargas, que oidas de lejos parecian ser motivadas por alguna cosa formal. La de Poniente defendida por unos diez hombres mal armados, no podia ser despejada hasta el siguiente dia pues las valerosas tropas que tomaron las barricadas de San Pedro, debian descansar de sus fatigas, despues de un dia entero de combate.

Hé aquí la formidable insurreccion de Barcelona. En toda la Ciudad serian cien hombres apenas los que tomaron una parte activa en el movimiento. Y por ello durante una semana entera quedó interrumpida la circulacion de los intereses, reinando por do quiera la inquietud, el pánico y la zozobra. Y no se nos diga que esto se debió al celo de la Autoridad, que quiso evitar desgracias y derramamiento de sangre, pues el tiroteo de los campanarios y el poco escrúpulo que se tuvo en usar de la artillería para tomar barricadas sin defensa, nos dirian á todas horas lo contrario. Ya hemos dicho mas arriba que fueron muchas las víctimas inocentes inmoladas en aras de las bárbaras disposiciones del Capitan General, cumplidas tan á gusto de su gusto por las fuerzas que á dicho efecto se apoderaron de los campanarios y sitios dominantes. Si no hubiésemos sido nosotros, lo dirian las familias que vieron arrancadas de su seno, sus mas queridas esperanzas por el plomo traidor de los centinelas, que hacian sus ensayos en tirar al blanco, con una precision verdaderamente horrible.

Muchos serian los detalles que podriamos dar, que no harian mas que confirmar lo que llevamos dicho, á la par que harian interminable el presente relato. Los diarios de aquellos dias llenaron sus columnas con los mismos, cuidando no obstante de quitarles la gravedad que nosotros les atribuimos, sin duda para no escitar las iras y la arbitrariedad del general Gaminde, que en esta ocasion dejó bien sentada su fama de progresista, y que por ello merece ser recompensado por el gobierno de Prim.

Para concluir darémos unas pocas pinceladas que contribuyan á dar carácter al embadurnado cuadro que hemos procurado pintar sino con los colores de la belleza, con los de la exactitud y de la verdad. Serán estas la relacion del modo como se verificó el sorteo de la quinta, la publicacion de cierto bando que haria honor á Mouravieff, la prision del Director del *Telégrafo*; y el allanamiento de la imprenta del *La Razon* y prision de algunos empleados de dicho periódico.

XXIII.

Decia la *Crónica de Cataluña* del jueves 7 edicion de la mañana: « Antes de ayer, bajo la presidencia del Excmo. señor gobernador civil, comenzó el sorteo de la quinta del reemplazo del año actual, habiendo continuado sin interrupcion en el dia de ayer hasta las once y media de la mañana, en que ha terminado por completo, despues de llenadas *todas las formalidades de la ley.* » Solo de buena fé podríamos creerlo que nos dice el órgano oficial de la Autoridad militar de Barcelona. Pero no tenemos dato alguno que nos pruebe la exactitud del aserto que sienta en último término y que nosotros adredes hemos subrayado.

Lo que hay de cierto y nadie ignora, es que el sorteo se verificó estando Barcelona en el estado de alarma que pálidamente hemos descrito. La circulacion sobre estar interrumpida era sumamente peligrosa, gracias al ojeo que se ejercia desde los campanarios. Por lo mismo, las Autoridades pudieron ejecutar el sorteo á su

sabor, pero no del mismo modo pudieron presenciarlo las partes interesadas, como era justo que así fuese.

Bien es verdad que la ley de estado de sitio absorve todas las leyes, inclusa la natural, pues raras veces conserva el autócrata la humana naturaleza; y por lo mismo seria fácil que las citadas *formalidades* fuesen las de la LEY *de estado de sitio.*

Pero nosotros, y con nosotros todo el mundo, podrán comprender los puntos que calzan los hombres que, sin previo aviso, en medio de un continuado tiroteo por ellos promovido, verifican el acto odioso del sorteo, de un modo si cabe mas odioso todavía cerrando las puertas á los interesados, ó haciéndoles correr el riesgo de morir fusilados por las calles, si llegan á intentar asistir con su persona al sacrificio que ha de consumir su sangre y la felicidad de sus familias, ó convencerse de que han salido libres del mismo por un acto caprichoso de la suerte.

¿Qué valor tiene legalmente el sorteo que se verificó? ¿No podrán creer los mozos que sean destinados al servicio, que han sido víctimas de la mala fé, de la intriga, y aun de la iniquidad? ¿Es esto justo? ¿Es esto legal?

La *Crónica de Cataluña* así lo creyó; lo que no es estraño, pues hombres hemos conocido que han negado la luz al sol y la evidencia de las cosas, y el mundo lleno está de ciegos con vista que siguen al lazarillo, aunque este esté empeñado en arrastrarles á la sima del abismo.

Mas dejando estas consideraciones, quede sentada la legalidad del sorteo de la quinta del año 1870, y el modo como saben cumplirla los hombres del poder desenfrenado que en vez de gobernarnos, nos agobian con sus despóticas arbitrariedades.

XXIV.

Ponemos á continuacion el siguiente bando que se fijó en las esquinas, compendio del sarcarmo mas completo, modelo de la arbitrariedad mas manifiesta, y claro espejo en que se ven reflejadas las cualidades de un miliatar, cualidades que no desperdiciaria el Czar de las Rusias, para dar un buen gobernador á otra Polonia que resucitara. Se lo recomendamos al Ministro de la Guerra muy particularmente, para que parangonándolo con los que dictaban los generales moderados, cuando *Su Escelencia* llamaba al pueblo al grito de « *¡ Abajo las quintas !* » pueda apreciar la diferencia de uno y otros, ó las ventajas que sobre estos lleva el que á reglon seguido publicamos.

Dice así:

Don Eugenio de Gaminde y Lafont, capitan general del Principado de Cataluña, etc., etc.

» Hallándose coaligados cobardemente los enemigos de la verdadera libertad, utilizando todos los elementos de desórden existentes en el pais, que sin fuerza material ni moral para levantar bandera, se han prevalido de la escusa del sorteo para las quintas, y careciendo de valor y direccion para batirse de frente, asesinan impunemente desde los balcones y azoteas á los oficiales y soldados, que en cumplimiento de sus deberes para el sostenimiento de las leyes, acuden á sus respectivos puntos militares; y siendo esto impropio de un pueblo civilizado, solo posible por la indiferencia de los unos y apatía de los otros, para el restablecimiento del órden y del trabajo, tan ne-

» cesario á esta industriosa capital y su comarca, he resuelto :
» Art. 1.° Que, en el término de seis horas, despues de publi-
» cado este bando, quede constituida una junta en cada barrio,
» ya sea bajo la presidencia de su alcalde, ó la de cualquiera otra
» persona del mismo, que los vecinos tengan por conveniente
» elegir, dándome cuenta inmediatamente de quienes la consti-
» tuyen y su residencia.

» 2.° Estas Juntas procederán sin demora á recoger todas las
» armas de fuego que se hallen en las casas de los respectivos
» vecinos del barrio, quedando autorizados para practicar los re-
» gistros y reconocimientos que consideren necesarios, reser-
» vándome el devolverlas á quien crea oportuno. Tendrá la Junta
» obligacion de reducir á prision y entregar á mi autoridad á to-
» dos aquellos que resistan sus mandatos.

» 3.° Las mismas Juntas vigilarán bajo su mas estrecha res-
» ponsabilidad por la tranquilidad y órden de su barrio, denun-
» ciando y reduciendo á prision á todos aquellos que en su con-
» cepto sean un obstáculo para los fines indicados en el artículo
» anterior.

» 4.° Transcurridas catorce horas desde la publicacion de este
» bando, en el barrio en que no se haya hecho entrega de las ar-
» mas y continuen disparos de ellas ú otra cualquiera clase de
» hostilidad ofensiva á la tropa, procederá esta contra dicha lo-
» calidad, con todo rigor.

» 5.° Recomiendo á los dueños de fábricas que tengan estas
» abiertas, para que los laboriosos y honrados obreros que quie-
» ran acudir á ellas á ganar su sustento y el de sus familias,
» puedan hacerlo ; en la inteligencia, de que exigiré á los prime-
» ros ó sus representantes noticia de los que no asistan al trabajo,
» para proceder segun convenga á la tranquilidad de esta capi-
» tal.

» 6.° Para todos los efectos de este bando podrán dichas Juntas
» contar con el decidido apoyo de las tropas.

» Barcelona 7 de abril de 1870. —Eugenio de Gaminde. »

Es compendio de sarcasmo porque quiere evitar un tiroteo que solo ha partido de los soldados de los campanarios, lo es por recomendar á los fabricantes que abran sus establecimientos, cuando el único móvil que á cerrarlos les indujo fué la alarma que produjeron tantas precauciones militares, tal lujo de tiros y descargas, tanta batalla, tanta lucha en un campo casi sin enemigo alguno.

Es verdad que en algunos puntos de la ciudad hubo tiros que partieron de paisanos, contra los soldados; pero ¿hubiera sucedido si estos hubiesen sido algo mas parcos en prodigarlos desde los campanarios y sitios dominantes? ¿Es estraño que hubiera pechos que no pudiesen contener la indignacion, ante los desmanes que hemos relatado anteriormente?

La arbitrariedad rebosa de todas las letras del bando que analizamos. Juntas que tienen el derecho de allanar domicilios, de denunciar y prender á su sabor; autoridades que se toman el de exigir á los fabricantes noticia de los trabajadores que no asisten á las fábricas; soldados á los que se les concede el de *obrar con todo el rigor* en las calles en que se vean hostilizados, aunque sea ilusoriamente, ¿á cuántos abusos pueden dar lugar disposiciones de esta especie? ¿No justifican por sí solas desde la satisfaccion de rencores y venganzas personales por parte de las Juntas y fabricantes, hasta el saqueo y la matanza por parte de la soldadesca? ¿Son defensores del órden, de la ley y de la libertad los

que obran así en los instantes en que por arte de encantamiento acaban de pacificar una ciudad por arte de encantamiento levantada?

Respondan los que hacen uso de semejantes medios, que nuestros calificativos, por lo duros que serian, mejor estarán en nuestra mente que en este papel.

XXV.

El jueves 7, fué allanada la administracion é imprenta de *La..* *¡Chiton!*

Ya hemos dicho anteriormente que el diario republicano *La Razon* habia sido prohibido por órden de la autoridad. Hasta aquí aunque se cometiera una ilegalidad, no se llevó á cabo con el concurso de la fuerza armada, como sucedió despues con el periódico citado en primer término.

Los propietarios de *La..* *¡Chiton!* usaban de su derecho al darlo á luz. No debió comprenderlo así la autoridad que mandó á la redaccion y despues á la imprenta dos compañías de tropa destinadas á saquear la primera, y á prender en la segunda á cuantos en la misma en aquellos momentos se encontraban.

Entrambos encargos fueron cumplidos á las mil maravillas. En el primero de estos dos sitios, descerrajóse la puerta, lo propio que los cajones de las mesas. Cuantos papeles se encontraron fueron rasgados con indecible furor. No se perdonaron listas de suscritores, ni libros de contabilidad. Terminadas estas salvajes operaciones, sellóse la puerta de entrada, que no se volvió á abrir sino para mostrar á los atónitos ojos de los que hubiesen podido creer de buena fé que el Africa no empieza en los Pirineos, todo el suelo del local cubierto con un monton de papeles rasgados de mas de dos palmos de espesor.

En la imprenta entraron los soldados apuntando los fusiles, y á los gritos de un comandante que les animaba á la destruccion, con términos que no seria decoroso referir. Algunas libras de letras fueron arrojadas á la calle, los moldes de la máquina deshechos á culatazos, y mas allá hubieran pasado los desmanes, á no haber sido la energía de los allí presentes, que se opusieron á tamañas fechorías. Por último estos fueron presos y conducidos á Atarazanas, pasando desde luego á ocupar un sitio en el ponton *Europa*, sucesor del que el pueblo barcelonés incendiara en setiembre de 1868. Es de advertir que los presos fueron el Director del periódico, el administrador del mismo, el encargado de la imprenta, dos trabajadores y un vendedor de diarios que se hallaba allí casualmente.

Rasgos como el presente no necesitan comentarios.

XXVI.

Bueno será que antes de pasar á la relacion de los hechos de Gracia, sumamente lamentables, nos deleitemos en uno de los rasgos que mas caracterizan á los guerreros progresistas. En adelante no será la destruccion de periódicos é imprentas ni los bombardeos, lo que mejor dejará marcadas sus huellas en su paso por el poder. Esto por ser trágico no cumple las condiciones apetecidas: es preciso que un rasgo cómico, que arranque la risa de la misma víctima, nos haga la mejor pintura de lo que son los hombres nacidos para dar de mandobles y estocadas, que no repararian en repartírselos al mismo sentido comun, que al encuentro les saliese.

Dejando consideraciones aparte, entremos en materia.

Despues de tomada Gracia ningun periódico se atrevió á dar idea de los desmanes que allí se cometieron, y que mas adelante tendremos ocasion de referir. Tan solo *El Telégrafo*, publicó un suelto en su crónica local, que indicaba lo que en realidad habia acontecido. En malhora se propasó el diario en cuestion, pues incontinenti fué su director, Sr. Patxot, acompañado cuidadosamente á la presencia del general Gaminde, por un comandante que fué á encontrarle en la redaccion de dicho su periódico.

Llegado que fué, preguntóle el general:

—¿Es Vd. director del Telégrafo? Habiéndosele respondido afirmativamente, añadió:

—Pues Vd. vá á decirme quien es el autor de este suelto, inserto en su número de hoy.

—Como á director viso todos los originales, y por lo mismo soy el único responsable de cuanto se inserta en el diario.

—Si Vd. es el responsable, irá al *ponton*

—¿Me permitirá decirle dos palabras?

—No, señor; *es Vd. literato y me convenceria.* (1)

Respuesta digna de escribirse en letras de oro. Salida original que pasará á la historia para encanto de las generaciones futuras y convencimiento de que el siglo XIX, siglo del vapor, del telégrafo y los fósforos, lo fué tambien de generales *progresistas* que no dejaban convencerse. Este es ya el último límite del *progreso*. ¡ *Non plus ultra* !

Sucesos de Gracia, San Martin de Provensals y San Andrés de Palomar.

XXVII.

Ya hemos indicado anteriormente que en Gracia, San Martin de Provensals y San Andrés de Palomar habia encontrado eco el levantamiento de Sans.

Pasemos pues á la relacion de lo que acontecia en dichos puntos. Para los sucesos de Gracia, nos valdremos de un precioso dietario, que el jefe de las fuerzas sublevadas, en dicho punto, ciudadano Francisco Derch, nos ha dado á conocer. Escrito sin pasion, con gran copia de datos y noticias, con claridad, precision y exactitud hace por sí solo el elogio del que tan dignamente se portó en aquellos momentos y de la pluma que lo ha escrito, diciendo mucho mas de lo que podriamos nosotros, que intentáramos describir aquellos tristes á la par que gloriosos acontecimientos.

Demos pues principio á nuestra tarea.

DIETARIO DEL CIUDADANO FRANCISCO DERCH DE GRACIA.

«Al hacerse el año pasado en Gracia una manifestacion contra las quintas, contraje un solemne compromiso.

Hablando al pueblo desde uno de los balcones de la Casa Popular, dije á los manifestantes, que eran en gran número, entre otras cosas, lo siguiente:

» *Ciudadanos*: Al asociarse el pueblo español á la revolucion

(1) Palabras textuales.

» de Setiembre, no en vano quemó las urnas y otros accesorios » de la quinta. Al hacerlo quiso significar su ódio por tan infa- » mante tributo, y dar á entender que en ningun caso debian » ser restablecidas.

» Habitantes de Gracia: El pueblo no quiere, ni puede querer » que las quintas vuelvan á arrancar las lágrimas de las familias; » decidme pues, ¿si algun osado intentara volvérnoslas á impo- » ner, estais prontos á derramar hasta la última gota de sangre, » para que no se nos impongan?»

Un SI atronador llenó los espacios, contestando á mi pregunta. « En este caso, pues, prometo ponerme á la vanguardia. »

He aquí el compromiso que contraje.

Era en aquel entonces alcalde de barrio, y ya que no se hizo el sorteo, sustituyéndose este por un reparto vecinal, trabajé en cuanto pude para recaudar lo posible en mi demarcacion, evitando lo mismo que un derramamiento de sangre, la repeticion del acto de la quinta tan odioso como repugnante para el pueblo que de hecho la abolió el 29 de setiembre.

Pero este año no se contentó el Gobierno con exigirnos hombres ó dinero, sino que nos salió con la nueva exigencia del sorteo.

En vista de ello recordé al partido mi palabra, y me atuve á ella cual buen republicano. El pueblo me concedió pues su confianza. Nunca en balde me la concediera. Obligado estaba á cumplir mi compromiso y no creo que nadie pueda echarme en cara que esta vez haya dejado de cumplirlo.

Esplicada la causa de que me pusiera á la *vanguardia*, empezaré la relacion de los hechos tal como acontecieron, procurando referirlos con la verdad necesaria que es lo que mas estimo.»

XXVIII.

SUCESOS DEL LUNES.

«A las nueve de la mañana se me presentó una comision de Sans, por ser en aquel entonces presidente del comité del distrito, notificándome que aquel pueblo se habia levantado en armas.

Inmediatamente reuní el comité local, del que tambien era presidente, y una vez tomado el acuerdo de apoyar el movimiento, mandé comunicaciones á las poblaciones del distrito para que lo apoyaran.

Estando en esto me vino un recado del alcalde popular, suplicándome enviara allí algunos hombres de figura del partido para persuadir á una turba de gentes de todos sexos y condiciones, que tocaban á somaten, y se disponian á incendiar los archivos municipales. Cumplí pues el encargo del alcalde, aunque infructuosamente.

En vista de ello acudí en persona al sitio de las ocurrencias para ver si lograba lo que no habia podido la comision que acababa de darme cuenta de lo inútil de sus pasos.

Al llegar al sitio de las ocurrencias vi que no habia llegado á tiempo para evitar los desmanes que se cometian. Un grupo de mas de cien mujeres con indecible furor incendiaba los papeles de la Casa Popular. Al quererlas contener con mi palabra, para salvar lo que pudiese, puse en grave riesgo mi vida, pues querian echarme á la hoguera que se levantaba. Gracias á los esfuerzos de algunos buenos amigos, pude librarme del peligro que me amenazaba.

Fuime á dar cuenta al comité, que estaba en cuadro, cuando

al poco rato vinieron á darme aviso de que la multitud me buscaba con insistencia. Salí á su encuentro y por último logré hacerme escuchar. Díjeles que si continuaban incendiando me vería obligado á retirarme; pero que podian contar conmigo desde el momento que se preparasen para la defensa.

Por aclamacion me nombraron jefe del movimiento.

Acto continuo llamé al pregonero mandándole publicar el siguiente pregon:

«Por órden del jefe de las fuerzas de esta villa: se hace público que el que incendiare ó robare, por insignificante que fuese la cantidad, será pasado por las armas.

» El que teniendo armas, deje de tomar parte en el movimiento sufrirá la misma pena.»

Empezóse la construccion de barricadas, y en tanto que esto se hacia, dispuse lo conveniente para la fabricacion de municiones y llamando de nuevo al pregonero, le entregué el siguiente bando:

« Por órden de las fuerzas de esta villa: se hace público que » que el que tenga arma con que defenderse, á las 9 de la noche » comparezca al pié del árbol de la libertad, para incorporarse á » las fuerzas de mi mando. »

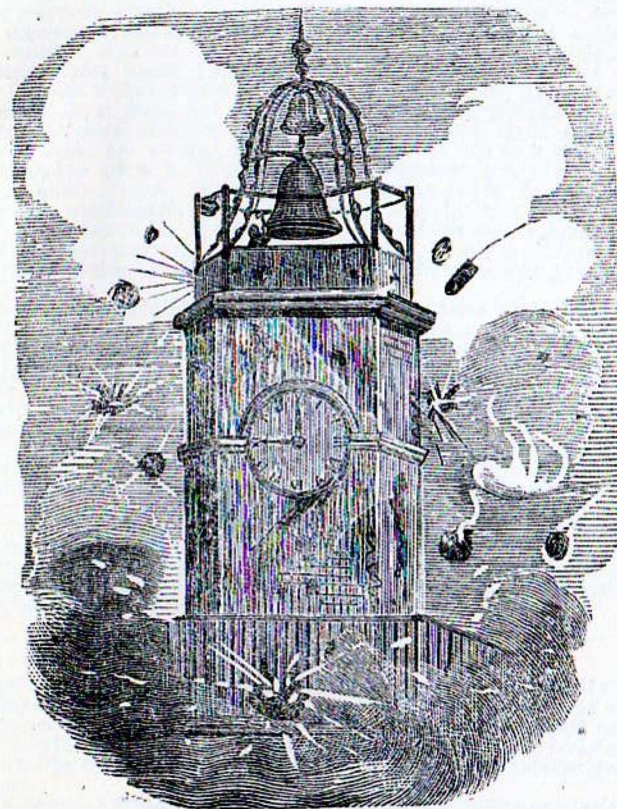
En lo restante del dia procuré que se nombrase una junta revolucionaria, y con algunos amigos confeccionamos una candidatura de diez personas, pasándoles aviso para que se reuniesen cuanto antes.

Fuíme á la plaza del Sol, sitio en que está plantado el árbol de la libertad, mandé formar las gentes que habian acudido á la voz del pregonero, y al numerarlas en alta voz, no hallé mas que el número exíguo de 60 hombres armados. Procuré hacerles ver que por la insignificancia de su número nada íbamos á conseguir; pero en vista de que era inútil cuanto les decia, pues se mostraban harto decididos á emprender una resistencia activa, despues de protestar solemnemente contra el incendio de los archivos, el que como he dicho anteriormente traté de evitar á toda costa, preguntéles si estaban dispuestos á morir por una causa tan santa como la de abolicion de quintas, á lo que me contestaron con un SI enérgico y unánime. Nombráronme allí mismo por aclamacion gefe de operaciones, no permitiendo que entrase á formar parte de la Junta, en vista de que un cargo tan espinoso, como el que se me confirió, debia absorverme necesariamente todo el tiempo.

En vista de ello, despues de distribuir á la gente por las barricadas, fuí á ponerme á los órdenes de la citada Junta. Llegué y con sorpresa encontré reunidos tan solo á cuatro de los diez que fueron nombrados para ello, con la particularidad de que brillaban por su ausencia, los que mas blasonaban de *intransigentes* y radicales. Como se comprenderá no pondré aquí sus nombres; otro dia será.

Atendido tamaño desbarajuste, tenté el último esfuerzo para impedir una resistencia que no nos ofrecia ninguna probabilidad de triunfo, revelando á la gente que tenia á mis órdenes, la verdad de lo que acontecia; pero ni con ello pude lograr que desistieran de su empeño, ya que se me contestó unánimemente que los refuerzos que llegarian de fuera, compensarian la falta de decision en los de adentro.

Retrocediendo un poco, es digno de mentarse el ataque que sufrió una compañía de francos de Targarona, en las inmediaciones de la Traversa en donde, les esperé parapetándome con unos diez ó doce hombres. Se presentaron en el campo llamado



GRACIA.—La Torre del Reloj

de 'n Vidalet. A la voz de fuego que dí á los mios, se escurrieron á toda prisa, intentando refugiarse en la casa Arqué, de la cual, al disponerme para atacarlos, salieron en precipitada fuga, viéndome obligado á hacer esfuerzos inauditos para contener á mi gente que les hubiera ido persiguiendo hasta las puertas mismas de Barcelona.

Hé aquí la relacion de lo acontecido en el primer dia de la sublevacion de Gracia. Si de una parte me desanimaba la actitud de algunos hombres del partido, los mas dispuestos á derramar su sangre, con tal de no moverse de la mesa del café en que acostumbran hacer públicas sus baladronadas, de otra parte me llenaba de esperanza la actitud del verdadero partido republicano, de la masa del pueblo, que no habla porque no sabe, pero que obra siempre que conviene, porque tiene corazon y conciencia. Así es que tanto la actitud de los seis individuos nombrados para la Junta y que renunciaron gratuitamente á tanto honor, como la del comité intransigente de Barcelona, que nos aconsejaba resistencia pasiva, dejándonos abandonados en el momento de mayor peligro, contrastaban notablemente con la observada por los de las barricadas, y por la de una buena parte de vecinos, cuyo recuerdo quedará eternamente grabado en mi corazon.

Defensores heróicos que cegados por la bondad de la causa que defendian, no contaban su número, ni calculaban el valor de sus esfuerzos, mujeres que se me ofrecian para curar heridos, prometiéndome hilas, vendajes, bálsamos y camas, otras mas varoniles que estas, instándome vivamente que fuese á rogar á sus esposos viniesen á defender tan noble causa, hombres que me entregaban municiones, muchachos que se brindaban á tocar á somaten, no cesando un instante en todos los dias que duró la lucha, relevándose con órden y puntualidad, y dando atentos la voz de alerta á los centinelas durante toda la noche; tan nobles sacrificios, tanta abnegacion, tal desprendimiento ora me admiraba, ora me conmovia, y siempre me hacia esperar que si estábamos destinados á caer, estábamos destinados á caer con honra, á caer cual buenos soldados de la idea republicana, cual buenos defensores de la causa del pueblo, que es la causa de la humanidad.»

XXIX.

Así se espresa el ciudadano Derch, en el primer capítulo de su interesante dietario. Pintura exacta de lo que en Gracia aconteció en el primer dia de la sublevacion, no añadiremos nada á un relato tan verídico, limitándonos solo, ya que conocemos el interior de la villa, á dar una somera idea del estado del exterior.

Ya hemos narrado los sucesos de Barcelona. Ocupadas las escasas fuerzas en tomar posiciones, sin que podamos adivinar el verdadero objeto de las mismas, no se pensó en mandar tropas contra la vecina Villa, por lo que los 60 hombres armados que hemos visto aprestarse á la resistencia con tanta decision, no fueron molestados en todo el dia, teniendo con ello ocasion de parapetarse y disponerse á recibir un ataque que cada momento iba haciendose mas difícil.

En San Martin de Provensals y San Andrés de Palomar, al conocerse los sucesos de Sans, empezó á reinar efervescencia, paráronse los trabajos, recogiéronse las armas que se pudieron reunir, el

pueblo preparóse para la resistencia y el toque de somaten fué á mezclarse con el de la célebre campana de la torre del Reloj de Gracia. A pesar de ello tampoco fueron molestados en sus tareas los insurrectos.

En tanto pacificada Sans, las fuerzas se concentraban en la Capital, en donde como habrán visto nuestros lectores, poca cosa ó nada sucedió que mereciese y reclamase las ridículas precauciones que se tomaron. El porqué de tan estraño proceder, mientras iba creciendo en los vecinos pueblos el fuego de la insurreccion, que tanto incremento suele tomar en los primeros instantes, espliquelo quien pueda y debe, que á nosotros no nos incumbe averiguarlo, porque si lo hiciesemos, quizás seriamos tildados de sobrado maliciosos.

Empero dejémonos de comentarios, cediendo la palabra al ciudadano Derch.

XXX.

SUCESOS DEL MÁRTES.

Dictario de Derch.

«Amaneció el mártes dia cinco, y á las primeras horas de la mañana se rompió un nutrido fuego de cañon contra la villa, que continuando todo el dia, solo logró animar á los valientes que se habian puesto á mis órdenes para luchar en favor de la abolicion de quintas. El que se nos cañonease, me hizo creer que ó bien nuestros enemigos eran en escaso número, ó que obraban impulsados por el miedo de atacarnos frente á frente. Despues supe que habia algo de entrambas cosas á la vez.

Este dia se pasó sin notables incidentes. El mismo entusiasmo, igual decision que el dia anterior reinaban en el ánimo de todos los defensores de Gracia.

El toque de somatén no cesó un solo momento en todo el dia. Como los disparos se dirigian principalmente, contra la Torre del Reloj, siendo sumamente peligroso permanecer en lo alto de la misma, dispuse que se colocasen cuerdas por lo interior, para que pudiese continuar el toque, que parecia mantener el brio en el corazon de mis *soldados*.

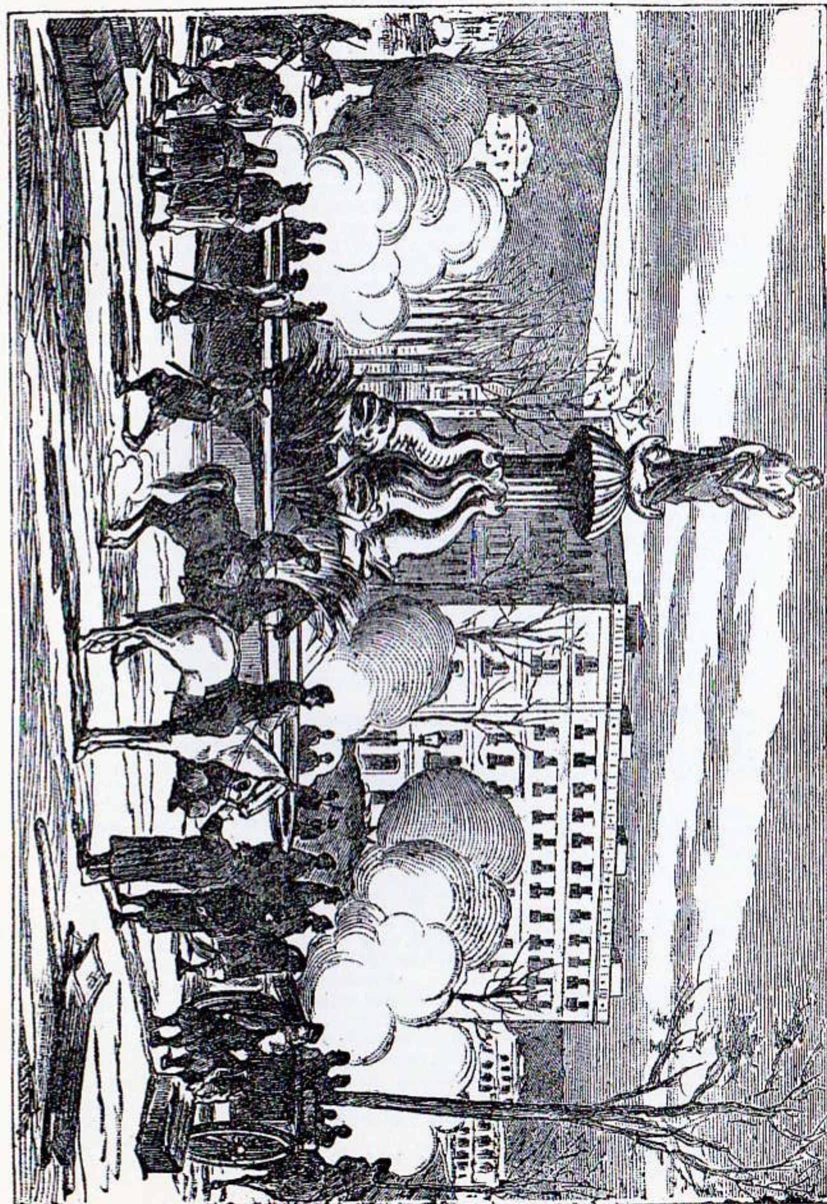
A eso del medio-dia llegaron fuerzas de San Martin de Provensals. Se componian de unos 150 hombres mal armados, la mayor parte con palos, á uno de cuyos estremos iban atadas dagas, bayonetas ó cuchillos. Era un espectáculo conmovedor ver á aquellos hombres tan débiles en los medios de ataque y tan fuertes con la idea que les impulsaba á ponerse á nuestro lado.

Convencidos al fin de que no eran necesarios por entonces sus esfuerzos, despues de tres horas de descanso, de nuevo se marcharon á su pueblo, animados con el intento de resistir desde allí los ataques de las fuerzas del gobieno, y acordando nombrar una junta revolucionaria, directiva del movimiento.

Por la tarde recibí partes de varios pueblos circunvecinos, ofreciéndome su apoyo, casi en su totalidad.

Muchos fueron los vecinos de la villa que me proporcionaron municiones y otros elementos, otros se brindaron á cumplir todo lo que tuviera á bien mandarles. Tanta cordialidad, tan buenos deseos me llenaban de satisfaccion.

En tanto el movimiento empezaba á resentirse de la falta de hombres que me ayudasen en el difícil encargo que se me habia



Cañoneo de la villa de Gracia por las tropas liberales.

conferido. Yo solo, tenia que dar las disposiciones todas, atender á que no faltasen municiones, procurar que los defensores no careciesen de los medios de subsistencia, recorrer el estenso recinto de las barricadas, pues observé que mi presencia en ellas les infundia aliento, y cumplir á la vez con mil atenciones distintas.

A mas de todo ello tenia una familia que reclamaba asi mismo mis paternales cuidados, por lo que tuve que consagrárselos en este dia, procurando ponerla á salvo de los atropellos que presumia debia recibir mi domicilio, caso que las tropas *defensoras* del órden, lograsen entrar en la sublevada villa.

Durante la noche cesó el fuego que durante todo el dia no paró un instante, y siendo solo el alerta de mis soldados contestado amenudo por disparos sueltos de la tropa.

La gente seguia en la misma disposicion, animada del mejor espiritu y dispuesta á morir en aras de la causa que defendia.»

XXXI.

Ya que Derch nos esplica las operaciones de lo interior de Gracia, en el dia mártes 5 de abril, cumple á nosotros dar una idea de lo que en el esterior acontecia.

Una bateria de cañones de grueso calibre situada en el Ensanche, y otra en el surtidor del Paseo, dirigian sus disparos contra la villa, causando destrozos de consideracion. Si Derch en aquellos momentos hubiese contado con mayores fuerzas, poco trabajo le hubiera costado apoderarse de aquellas piezas, servidas por pocos artilleros, y no apoyadas por infantería ni caballería.

Pasaron de mil los disparos que hicieron en aquel dia sobre los edificios de la villa, pues es de advertir que habia un decidido empeño de parte de los *defensores de la propiedad*, en defenderla arruinándola, sin duda para librarla de los atropellos que la hubiesen podido inferir las desordenadas y rojas hordas demagógicas, que se habian levantado. Los progresistas son capaces de todo.

Algunas fuerzas de infantería y artillería de montaña que para hacer ostentacion rondaban por los alrededores de Gracia, tuvieron un encuentro con doscientos paisanos entre Sarriá y San Gervasio, sufriendo el batallon cazadores de Figueras, algunas pérdidas, lo propio que los insurgentes.

San Andrés y San Martin continuaban levantadas, sin que fuesen molestadaspor nadie. En este último punto construyéronse barricadas, continuó el toque de somaten, y tan solo en el Clot una corta escolta de caballería, se arriesgó á cargar contra los sublevados, causándoles cuatro heridos.

Todo indicaba que el general no tenia fuerzas para apaciguar con ellas el movimiento, y que miraba de entretener las cosas, pasando el tiempo en disparar cañonazos, aguardando á que le llegase lo que tanto necesitaba.

De otra parte le ayudaba tambien en sus operaciones, cierto diario que no queremos nombrar, que se encargó de propalar la falsa especie de que los sublevados gracienses estaban al mando de un jefe carlista, y que la mayor parte de ellos llevaban boina, lo que lo hizo sin duda para matar el espíritu de otro partido mas poderoso y menos repulsivo que el carlista, que ya daba indicios de aprestarse á aprovechar unas circunstancias para él tan favorables.

¡A cuantas operaciones, á cuanta alarma, á cuanta zozobra, y

sobre todo á cuanto pánico dieron lugar los 60 gracienses! ¡Parece increible!

XXXII.

SUCESOS DEL MIÉRCOLES.

(*Dietario de Derch.*)

«Gracia presentaba en este dia el mismo aspecto que el anterior. En nada habian decaido los ánimos, y asi como no habia cesado el fuego de cañon y fusileria, tampoco se habia amenguado el brio de los defensores de la villa. A pesar de la lluvia que caia á raudales, se mantenian mis soldados firmes en sus puestos, sin hacer el menor caso de las iras del cielo, ni de la tierra. En este dia el número de hombres que estaban á mis órdenes, ascendia á unos ciento, cantidad exigua, si se compara con las fuerzas que nos atacaban, que á más de tener á su disposicion todos los medios, se aumentaban cada dia con refuerzos que iban llegando de diversos puntos de la Peninsula.

En este dia supe que se habia constituido Junta revolucionaria, pues tuve aviso de presentarme á ella. Una vez allí se me comunicó que el pueblo me habia nombrado miembro de la misma, y que esta ratificaba el nombramiento, que como he dicho ya, se me habia conferido, de jefe de las operaciones. Yo acepté gustoso ese espinoso cargo, protestando de nuevo contra el incendio de los archivos, y rogando á la Junta publicase un bando ratificando asi mismo los que yo habia mandado publicar, disponiendo pena de muerte al ladron y al incendiario, y recomendando especialmente la mas severa disciplina.

Accedió á todo ello la citada Junta y además nombró para mi ayuda á cuatro capitanes, uno por cada distrito, facultándome para nombrar los subalternos que creyese convenientes.

El sesgo que iba tomando la cosa, me llenaba de confianza. Yo deseaba solo que alguien me ayudara, y no me faltó ayuda. Así fué que al recorrer la linea, encontrándola en perfectísimo estado, todo me sonreia y mi pecho se llenaba de valor, sin que nada lograse hacerme mella.

A eso se debe sin duda mi actidud, en el hecho que paso á referir. Serian como las tres de la tarde, cuando se me presentó un sugeto, que dijo llamarse Mas, si mal no recuerdo, el cual me indicó lo sensible que era que aquello continuase, porque iba á padecer mucho la propiedad, con tan obstinada resistencia. Añadió que habia hablado con el segundo cabo, Sr. Acosta, el cual le habia dicho que si no nos rendiamos, haria uso de piezas de mayor calibre para sepultarnos á todos bajo las ruinas de la villa, pues antes que atacar, preferia mil veces arruinar la poblacion.

—Amigo mio, dije á mi interlocutor, á los nobles intentos del segundo cabo. Sr. Acosta, puede Vd. contestar que aunque se arruine la poblacion, los defensores de la misma aguardarán impávidos el ataque que no se nos quiere dar segun parece, en los mismos sitios que hoy ocupan, pudiendo solo sacarnos de aquí un decreto del gobierno declarando esplícitamente la perpétua abolicion de la odiosa contribucion de sangre. Eso queremos, y hasta conseguirlo lucharemos sin tregua ni descanso.

Esta respuesta pinta bien á las claras mi confianza, y el valor que me infundia la buena disposicion de los combatientes.

Este dia, pues no fué perdido, ya que además de la constitucion de la Junta y de la creacion de jefes y oficiales de que acabo de hablar, aprovechando la oscuridad de la noche, mandé reponer las barricadas que mas habian sufrido, construir otras nuevas que creí convenientes y organicé por último algunas brigadas para llevar municiones de boca y guerra á mis valientes, que resistian en sus puestos, sin conocer que es temor, ni que es cansancio, á pesar de la lluvia de proyectiles y de la lluvia de agua que cayó sobre nosotros en todo el dia.»

XXXIII.

Así esplica el ciudadano Derch los acontecimientos de Gracia en este dia.

Por lo que toca á las fuerzas del ejército, recibieron algun refuerzo, sin que por eso cambiasen de táctica. Cañonazo seco era su consigna, y cañonazo seco se empleaba para reducir á la *fidelidad* á los 100 defensores de la vecina Villa. Así es que los disparos fueron en este dia tan numerosos como en el anterior, causando estragos en los edificios, contra los que se dirigian preferentemente.

En San Andrés y San Martin la tempestad arreciaba. En el primero de dichos puntos un puñado de valientes hostilizó á un batallon que venia por la via de Zaragoza, causándole algunas pérdidas, deteniendo su marcha algunas horas y dando lugar á los paisanos de la segunda villa á que cortaran la via férrea, que lo fué, á la altura del Clot, interrumpiendo de este modo la cómoda marcha del citado batallon.

Tambien fué rota la via de Granollers, en el Pueblo-Nuevo, á pesar de los disparos de cañon que dirigió la Ciudadela contra los que se aplicaban en tan peligrosa tarea. Pero lo mas chocante es que hallándose detenido por la ruptura un tren descendente, y habiendo salido otro de la Capital para efectuar el trasbordo, fué tambien cortado por detrás, quedando sin poder avanzar ni retroceder.

Ya vimos en la relacion de los sucesos de la Capital que aquí como en todas partes la insurreccion tomaba un carácter algo mas imponente de lo que quizás hubiesen deseado los mismos que, pudiendo, no quisieron cortarla de raiz en sus primeros momentos. Siempre hemos visto que quien siembra vientos, recoge tempestades.

XXXIV.

SUCESOS DEL JUEVES.

(*Dietario de Derch.*)

«Antes de amanecer, á eso de las cuatro y media de la madrugada, rompiéronse de nuevo los disparos, avivándose el fuego á eso de las seis, de tal modo que creí conveniente constituirme en las barricadas de la calle de Buenavista, tanto para animar á los combatientes, como para prevenir lo que pudiese acontecer.

No me equivocaba, pues dos veces distintas fuimos atacados, intentándose en vano el asalto de la villa por la parte baja que mira á Barcelona. Entrambas veces fueron recibidos por mis valerosos soldados con un nutrido fuego, que además de causarles algunas pérdidas, les hizo por entonces desistir de su empeño,

desalojándoles de la casa de Vilaró y obligándoles á buscar un refugio entre la arboleda de los Campos-Elíseos. Nosotros tuvimos solo dos heridos.

Despues de esto fué continuando el fuego, aunque con mas lentitud, y yo fuíme asegurar el recinto, encontrándolo en el mejor estado.

Mientras esto hacia, se me dió cuenta de una reunion que habian celebrado algunos propietarios y la junta, con motivo de allegar medios para socorrer á los heridos, sin que pudiesen llegar á un perfecto acuerdo. No obstante se creó una junta auxiliar de sanidad y socorros.

En la tarde se me presentaron algunos vecinos pobres, pintándome con los colores mas negros la necesidad que sufrian. Compadecido de su estado, les entregué bonos de pan, carne y arroz, asegurándoles que no carecerian de nada, puesto que nosotros así como sabiamos luchar con denuedo para sacar limpia la honra de nuestra causa, no por eso dejábamos de practicar la caridad, socorriendo al necesitado, con toda la modestia, pero con el mayor deseo que puede caber en corazones republicanos.

Todo esto tenia lugar entre un fuego continuado, hasta que de súbito dejóse oir el toque de «alto el fuego» en el campo enemigo. Al poco rato mandé tambien que cesara el de mis soldados para dar lugar á que se acercase una comision de la Diputacion Provincial, que con pañuelos blancos por bandera, solicitaba parlamento.

Llegada que fué, manifestó lo conveniente que era que cesase la resistencia, y que acabase todo aquello en bien de todos. Reunióse la Junta para deliberar sobre este asunto, y se acordó contestar que si no se daba por el Gobierno un decreto aboliendo perpétuamente las quintas, estábamos dispuestos á no ceder por nada ni por nadie. Leyóse el acuerdo al pueblo que aguardaba con ánsia la resolucion de la Junta revolucionaria, al cual se adhirió con un grito atronador de «¡Abajo las quintas!»

Los que nos atacaban cobardemente á cañonazos, los que fueron resistidos en dos diversos ataques que intentaron, era natural que viniesen á solicitar que nos retirásemos, como era natural tambien la enérgica contestacion que dió la Junta á sus locas pretensiones.

Mientras me hallaba disponiendo el nuevo rompimiento de las hostilidades, ví salir de la Iglesia de Jesús al hermano del curapárroco, y del convento de Arrepentidas, á las monjas, que lo dejaban por el daño que habia recibido á causa de los proyectiles enemigos. Me dirigí á su encuentro tranquilizándoles y ofreciéndoles una escolta de gente armada para su seguridad, y visto que mostraban algun recelo, procuré convencerles, diciéndoles que los que luchaban á mis órdenes sabian cumplir como valientes y honrados.

Volvióse á romper el fuego que no cesó, segun era costumbre, hasta el anochecer. Recorrí el recinto y lo encontré en el mejor estado.

En la noche de este dia recibí un buen número de armas y municiones, por lo que ascendió á 200 el número de hombres que estaban á mi cargo, defendiendo la villa de los ataques de las fuerzas del gobierno.

Varias son las órdenes que recibí de la Junta revolucionaria, á todas las que dí entero cumplimiento, menos á una, supuesto que queria que crease una comandancia, y que por no cansarme tanto diese desde allí todas mis disposiciones. A esto no pude

acceder y así se lo manifesté á los individuos de la Junta. Los hombres que tenian su confianza en mi persona, deseaban verme entre ellos con frecuencia, y confesaban que á mi lado dejarian matarse mil veces por la causa que con tanto heroismo defendian.

Con esto se comprenderá que no cumpliese los deseos de la Junta, porque no era conveniente que les diese cumplimiento.

Durante todo el dia recibí muestras de adhesion y simpatía de todos los vecinos de la villa y poblaciones comarcanas. No las referiré por no hacerme pesado, y porque esto atañe mas á mi persona en particular que á la causa que defendia. Pero no quiero pasar por alto un hecho, que por la espontaneidad de los que en él figuran, quedará grabado eternamente en mi corazon. Con el barro que produjo la lluvia, el dia anterior sufrí una caida en una barricada recibiendo una torcedura en el pié, que aunque en los primeros momentos no me molestó, produjome despues dolores inauditos, que si no me imposibilitaban por completo de visitar las barricadas, era porque suplia con mi decidida voluntad las fuerzas de que carecia. Habiaseme ofrecido un caballo, que rehusé, por lo espuesto que era andar de este modo entre el nutrido fuego que se nos venia haciendo por las tropas. En consecuencia de ello, se me presentó en la calle de la Travesera un grupo de hombres, diciéndome testualmente estas palabras: —«Senyor Derch; miri, nosaltres nos hem reünit y avingut tots dotze á portarlo á coll, y com que som tants nos anirem rellevant de quan en quan.»—Cómo es natural, con lágrimas en los ojos, los rogué que en vez de prestar su ausilio á mi insignificante persona, fuesen a prestarlo á sus hermanos, que se batian en las barricadas por la noble y grande causa de la abolicion de las quintas.»

XXXV.

Con este rasgo conmovedor termina el ciudadano Derch su relacion del dia 7, en la que ya nos dá noticias de dos tentativas de ataque por parte de las tropas, que fueron rechazadas.

Seguian llegando fuerzas de distintos puntos, de modo que al terminarse este dia se hallaban situados, delante de la villa sublevada, cinco mil hombres, veinte piezas de grueso calibre y cuarenta de montaña. Y tanta fuerza, tanto preparativo para reducir á la obediencia á 200 hombres, cansados despues de sufrir un continuado ataque de tres dias! ¿Ignoraba el jefe de operaciones del ejército la situacion de los sublevados, ó queria presentar á los ojos de la España progresista el simulacro de la toma de Sebastopol, para esparcimiento y solaz de los hombres de Setiembre y gloria del valiente ejército español? No lo sabemos á punto fijo; pero lo que no ignoramos es que el ridículo cayó con todo su peso sobre la cabeza del raton de la fábula.

Monjuich hizo algunos disparos contra algunos grupos que se habian formado en el camino de Sans.

En San Martin unos 500 insurrectos se oponen al paso del batallon num. 7, de Africa, que venia hostilizado por los de San Andrés de Palomar, á cuyo objeto se sostiene una encarnizada lucha, que duró de las 8 á las 11 de la mañana. La tropa tuvo seis ó siete bajas, los paisanos dos heridos.

En la tarde se prendió á un espia del batallon de francos de Targarona, que, vestido de paisano mezclábase en el movimiento del pueblo, al efecto de hacerse cargo de su estado. Conocido casualmente, por poco paga su temeraria traicion con su vida; pero gra-

cias al celo de personas respetables, que lograron calmar á la multitud que queria su cabeza á toda costa, consiguió la libertad.

Nombróse tambien en dicho punto una Junta revolucionaria, que tuvo poca ocasion de funcionar, por lo mucho que se tardó en su nombramiento y que indudablemente hubiera podido prestar buenos servicios, si este se hubiese efectuado en los primeros momentos.

De todos modos la exigua insurreccion ya habia vivido lo bastante, á pesar de sus escasos elementos; habiendo llegado el dia de ser ahogada en un mar de fuerza.

XXXVI.

SUCESOS DEL VIERNES Y SÁBADO.

Dietario de Derch.

«Como de costumbre, á eso de las cinco se rompió contra la villa un nutrido fuego de cañon y fusilería. Las balas huecas causaban estragos en el centro de la poblacion, por lo que el vecindario estaba consternado. Muchos fueron los vecinos que buscaron un refugio fuera de la villa maltratada de una manera tan bárbara y horrible. La Junta tuvo precision de ordenar que solo se permitiese la salida á las mujeres, ancianos y niños.

Al llegar yo al centro de operaciones, encontré á un caballero que acercándoseme, me manifestó con el mayor sigilo, que el peso de los años le impedian batirse en las barricadas, pero que en cambio ofrecia cuanto le era dable, entregándome acto continuo la cantidad de 100 duros en cuatro billetes de á 25 cada uno. Este generoso rasgo me entusiasmó y no pude menos que abrazar á tan desinteresado patriota, delante de mi gente que aplaudió con estrépito un acto tan digno de alabanza. Dicha cantidad fué entregada al depositario de la Junta.

Al poco rato me notificaron que por la parte de casa Mendoza se acercaba tropa. Dirigíme á dicho punto, y gracias á la estrategia de que me valí, haciendo salir gente por la calle de Tuset, logré desalojar á aquella de sus posiciones, ocasionándola algunas bajas.

El resto de la mañana lo pasamos recibiendo el espantoso cañoneo que nos hacian, segun he sabido despues, cuarenta bocas de fuego, sin que este fuese bastante á lograr que decayese el ánimo de mis valientes, tan decididos como el primer dia de la insurreccion. Y en todo esto ni reparaban en fatigas, ni pensaban en los cuatro dias que llevaban de combate contra enemigos mil veces superiores é infinitamente mejor organizados.

A las dos de la tarde recibí un parte, en que se me notificaba que estaban para llegar fuerzas de San Andrés y San Martin de Provensals.

Se les salió á recibir, y llegadas que fueron en número de 170 hombres, les arengué, preguntándoles si venian dispuestos á arrostrar los peligros que corrian sus hermanos de Gracia, y á defender la sagrada causa de la abolicion de las quintas. Un SI atronador y unánime fué la contestacion que se me dió.—«En este caso, añadí, imitad su ejemplo, puesto que al mismo tiempo que luchan como leones, observan la disciplina mas completa, y en tantos dias de combate ni se ha cometido el menor desman, ni se ha tocado á nadie el valor de un alfiler.»

Despues de estas palabras, nombráronme por aclamacion su comandante. Conducíles al cuartel general, mandé que se les repartiese racion, hice nuevo nombramiento de oficiales para la gente que me acababa de llegar, y dispuse que se relevase con ella á la de Gracia que durante cuatro dias habia sostenido el combate, con la decision que acabo de relatar. El relevo debia hacerse, viniendo los relevados al cuartel general á tomar algun descanso, no disgregándose por nada para poder prestar todos juntos el servicio, si el ataque que se temia, llegaba á verificarse aquella noche.

Mas por una mala inteligencia, en vez de venir los relevados á tomar descanso en el cuartel, fueron á tomarlo en sus casas particulares, por lo que al recorrer las barricadas, despues de haber notado que nadie comparecia al sitio de la cita, no pude menos que esperimentar un sentimiento de estrañeza, que cesó algun tanto al considerar que trataba con valientes, que no faltarian á sus puestos en los momentos de mayor peligro.

Mas que esto, otra cosa me inquietaba. Ya lo he dicho en el anterior capítulo, que habiamos recibido varias armas de algunos pueblos vecinos, entre ellas algunos fusiles Berdan, cogidos á la tropa, completamente inútiles, por faltarnos las municiones para su uso necesarias. Pero gracias á haberse apoderado en el Clot de un vagon de cartuchos metalicos, que conducia el general Baldrich, recibí primero un cajon, y á las diez de la noche un carro cargado de las mismas, logrando con esto utilizar las armas del nuevo sistema que obraban en mi poder. Pero esta ventaja coincidió con un notable inconveniente, que fué sin duda lo que abrió la villa á las fuerzas que hasta entonces nos habian hostilizado inútilmente. Ya el dia anterior habia notado la falta de pistones. Trabajé cuanto pude para hacerme con ellos. Dos comisiones y posteriormente un individuo de la Junta partieron en su busca á Barcelona, arrostrando los mayores peligros, y aunque me trajeron algunos pocos recogidos á costa de mil penalidades, muy pronto comprendí que tan exigua cantidad nos bastaria apenas para resistir un dia el ataque que se iba haciendo cada vez mas general.

A pesar de ello no perdí del todo la esperanza, aunque no sabia á punto fijo como podria remediar tan grave falta, confiando mas en medios estraños é imprevistos, que en razones naturales.

A eso de la una y media de la noche me retiré á tomar un rato de descanso, encargando al segundo comandante que si ocurria algo nuevo viniese á llamarme incontinenti. Así lo hizo á las cuatro de la madrugada, diciéndome que se oia un fuego nutridísimo en toda la linea, y que todos los señales eran de un ataque decisivo y general.

Vístome á toda prisa, salgo á la calle, y es lo primero que encuentro un grupo de mi gente pronunciándose en retirada. Desenvaino la espada, al grito de que no abandonen á sus hermanos, siguen en pos de mi, encuentro á otros en el mismo estado, mi actitud les llena de decision y á pesar de la lluvia que habian recibido toda la noche, y á pesar de seguir lloviendo, se disponen á resistir con valor el ataque que le dirigian numerosas fuerzas mandadas por cuatro generales, Baldrich, Figuerola, Aosta y Gaminde. Sin contar el número de los enemigos, aquellos 150 hombres resisten por espacio de mas de tres cuartos de hora el empuje de las tropas, hasta tanto que perdida toda esperanza, faltos de pistones é imposibilitados por lo mismo de defendernos, por mas tiempo, para evitar un inútil derramamiento de sangre,

hago circular la órden de retirada, encomendando que todo el mundo comparezca á la colina del Coll, para allí determinar lo que debiamos hacer.

Nos retiramos pues, no por cobardes, nos retiramos honrados y porque no habia posibilidad material de continuar por mas tiempo una resistencia, que en otro caso bien hubiera podido llamarse temeridad.

Llegados que fuimos á la montaña arengué á mi gente, diciéndoles que mi opinion era que cada cual escapase como pudiese, ya que era imposible continuar por mas tiempo la insurreccion comenzada. «Exaustos de todo, para proporcionarnos algunos medios, no podriamos menos que buscarlos en los pueblos rurales, y eso á parte de que nos quitaria el buen hombre que hemos conquistado en Gracia, contribuiria á aumentar nuestro infortunio.» Recomendéles que procurasen ponerse á salvo y corriendo por todos los rostros lágrimas de dolor y noble sentimiento, dimos un tierno desenlace al sangriento drama, en que acabábamos de tomar una parte tan activa.

Todo el mundo se dispersó. Siete ú ocho de mis valientes compañeros me acompañaron hasta San Gerónimo y al ver que una Señora me ofrecia la cantidad de ocho reales, con los ojos anegados en lágrimas, uno de ellos que comprendió mi situacion, persistió en que le aceptase dos, de los cuatro únicos que poseia, no cesando en su noble empeño hasta tanto que para coronar tan digna accion se los hube admitido, en cambio de un abrazo que le di con todo el fervor que cabe en un pecho republicano.

Mas..... ¿á que me entretendré relatando mi peligrosa marcha entre una lluvia inexorable, falto de recursos, acompañado solo de dos de mis mejores amigos, que no quisieron abandonarme, bajo pretesto alguno, si la causa que con tanto empeño habia defendido, quedaba derrotada por la fuerza brutal, si mi querida villa de Gracia, en manos de los hombres del sable era á aquellas horas saqueada y sus calles regadas con la sangre de los inocentes, si no habia servido para nada el noble esfuerzo de aquel puñado de valientes, si en una palabra veia otra vez la razon y la justicia escarnecidas con cinismo y con vileza ultrajadas, por los que cifran todo su poder en el espíritu de destruccion que les anima?

No... mil veces no. Quédense en un rincon de mi pecho grabados los riesgos qu corrí y los quebrantos que esperimenté, quédense al lado de los nombres de los amigos que me socorrieron, ya que esos tiernos sentimientos no son del dominio público, puesto que al salir del corazon pierden una parte de su alhagador perfume. Mejor que con una pintura de mi personalidad, llenaré este espacio con algunas consideraciones, que son á mi entender indispensables.»

XXXVII.

DIETARIO DE DERCH.

(Conclusion.)

«Al aceptar la direccion del movimiento, no lo hice por conservar la popularidad, ni por amor propio particular. Los hombres de Setiembre subieron al poder al grito de «¡Abajo las quintas!» Todos vimos el modo inícuo como procedieron al tener en sus manos los destinos de la patria. En su consecuencia yo creí que el partido republicano, que el honor del pueblo entero, estaba empeñado en que la quinta no se llevase á cabo, bajo ningun concepto.

Atendido esto, dispuesto yo á luchar en todos los terrenos para conseguirlo, empecé por buscar ayuda en los que mas habian baladronado, en los que pasaban plaza de mas revolucionarios en los que me habian tildado mil veces de *moderado*, engalanándose ellos con el dictado de *intransigentes*.

He dicho ya la manera como eludieron el compromiso, cuando yo procuré que entrasen á formar parte de la Junta Revolucionaria.

Y por lo que toca á los que con el mismo título, dicen defender la República en Barcelona, bueno será que recuerde, que cuando les pedí su ausilio, en los momentos de peligro, que son siempre los de prueba, me aconsejaron resistencia pasiva cuando ya no estábamos á tiempo, como se la aconsejaron á todo el partido en una alocucion firmada por los individuos de aquel comité local, todos ellos intransigentes, constándome como me consta, que mientras esto aconsejaban, trabajaban en otras partes aunque con la menor ostentacion posible para que se resistiese activamente.

Esto que puede ser muy cómodo para los que quieren que otros saquen la cara por ellos, es sumamente perjudicial al movimiento que se inicia, pues á mi entender, desde el momento en que uno se ha lanzado á la calle, ha de sacrificar su persona, presentándose sin máscara y llamándose con su mismo nombre.

Esa conducta de una fraccion tan tumultuosa, me confirmó en la opinion que tenia formada de los que gastando todas sus municiones en palabras de efecto, á duras penas les queda algo que gastar en obras.

Contestando tambien á los que dieron en decir que el movimiento fué en sentido carlista, no puedo menos que hacer constar que aunque modesto industrial, tengo mis convicciones republicanas sobrado arraigadas para que se me confunda con los enemigos de la libertad.

Y á los generales setembristas que con tanta bizarría me atacaron, no puedo menos que desearles el fin que quizás se propusieran, prolongando el combate por espacio de cinco dias, entrando con fuerzas treinta veces superiores á las mias, bien armadas, con cañones de artillería y fusiles de aguja, mientras yo no contaba en aquel dia mas que con unos 170 forasteros, con malas armas, faltos de pistones, cansados y habiendo sufrido una lluvia continuada en toda la noche. Nos retiramos sin perder un solo hombre, entre el llanto de la poblacion, que veia acercarse por momentos á los *defensores de la propiedad* que tanto se lucieron, segun supe despues, en el saqueo á que se entregaron como si hubiesen hecho su entrada en una ciudad estranjera en plena época de los bárbaros. En cambio nosotros, tildados de demagogos y disolventes, espanto y terror de los pusilánimes, á pesar de haber tenido la villa en nuestro poder por espacio de cinco dias, con muchas casas abiertas por los proyectiles enemigos, con otras completamente abandonadas, que deberian estar muy bien provistas de ropas y alhajas, por estar habitadas por familias pudientes; nosotros, *hordas salvages*, no tuvimos el respeto á la propiedad que demostraron los *defensores de la misma*, al emprender en grande escala el saqueo de la villa.

Por eso me atreveré á rogar á quien tiene el poder para hacerlo, que se recompense debidamente á los que acometieron la difícil

XLI.

«SOLDADOS:

El verano próximo pasado vencisteis instantáneamente, primero la revólucion carlista y luego la republicana: Vuestro valor y disciplina quedaron á la altura que siempre ocupó el ejército español.

Coaligados ahora hipócritamente y sublevados los mismos y otros elementos, enemigos de la libertad, de la sociedad y de la integridad nacional, bajo la escusa del sorteo de la quinta, y fiados en vuestro poco número, *y apesar de haber empleado contra vosotros hasta el* ASESINATO, les dominasteis desde el primer momento, y en union de vuestros bravos compañeros, procedentes de Valencia y Aragon, los *habeis arrollado batido y aniquilado en pocas horas.*

Vuestro sufrimiento en las fatigas, vuestra heroicidad en el combate ha sido hoy mismo puesto en conocimiento del gobierno de S. A. el regente del reino.

Vuestro capitan general se *felicita de su título* (1).—Gaminde.»

Si, si el movimiento lo iniciaron los republicanos, los carlistas, los filibusteros, todos los elementos disolventes que conspiran á la ruina del pais. Sus medios eran el asesinato, su fin la destruccion de la integridad nacional, la muerte de la libertad y la disolucion de la sociedad.

¡Oh! Fortuna que *los bravos compañeros de Valencia y Aragon* arrollaron y aniquilaron en pocas horas, en seis dias no mas tan terribles elementos de destruccion y anarquía.

De otro modo el grito de *«Abajo las quintas* hubiera sido una verdad. ¿Y qué hubiera sido de España sin quintas? ¿Cómo se hubieran compuesto los pronunciamientos? ¿Qué hubiera podido sustituir la ley del sable? ¡Oh, no, no! ¡viva la fuerza bruta!

Sabido es que la razon y la justicia andan en esta tierra por las nubes, y no queriendo andar por el suelo, preciso es que la voz del cañon sustituya la voz de la primera y el sable del ejército, la espada de la segunda.

Cuando vuelvan por acá ya nos lo advertiran los progresistas.

(1) Decian maliciosos que se le iba á dar el de Conde de Gracia.

FIN.

Edició facsímil promoguda pel Taller d'Història de Gràcia.
Amb motiu del 140è. aniversari de la Torre-Campanar de Gràcia.
Vila de Gràcia, desembre de 2004.
Tiratge: 1.000 exemplars
Amb la col·laboració de l'Ajuntament de Barcelona,
Arxiu Municipal i Districte de Gràcia.
Dipòsit legal: B. 49.155-2004

 Imprès en paper ecològic





Institut de Cultura.